

El viaje de Calibán

Waltraud García





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

El viaje de Calibán

Una novela corta de **Waltraud García**

*Sometimes a thousand tangling instruments
Will hum about mine ears; and sometimes voices,
That if I then had waked after long sleep,
Will make me sleep again; and then in dreaming,
The clouds methought, would open and show
Ready to drop upon me: that,
When I waked, I cried to dream again.*

*Calibán, en **La tempestad**, de
Shakespeare*

“A veces, un millar de instrumentos bulliciosos resuena en mis oídos, y a instantes son voces que, si a la sazón me he despertado después de un largo sueño, me hacen dormir nuevamente. Y entonces, soñando, diría que se entreabren las nubes y despliegan a mi vista magnificencias prontas a llover sobre mí; a tal punto que, cuando despierto, ¡lloro por soñar todavía!” Traducción de Luis Echávarri.

1

Primero el coche patina.

Calibán pensará luego que ha intuido la turbulencia. No confía en las corazonadas, aunque les da crédito. Estaba dormido, pero abre los ojos instantes antes del percance, porque el vehículo pega un bandazo.

Después choca con algún obstáculo, da una vuelta de campana completa, y queda plantado sobre sus cuatro ruedas, como un gato que ha resbalado en un alféizar y ha aterrizado de pie. Se queda allí, con el motor en marcha, desafiando la aparatosidad del accidente. Son las once y veinte de la mañana de un día de verano. El cielo está parcialmente cubierto. Cuando el sol se asoma entre las nubes castiga el cuero.

¿Estáis todos bien? pregunta el conductor, esperando malas noticias.

Calibán, en el asiento del copiloto, advierte un dolor agudo en su codo derecho, y es incapaz de decir nada, confuso por la voltereta, dudando de que se haya producido.

En los asientos traseros, un hombre de la edad de Calibán, en torno al medio siglo, mueve enigmáticamente la cabeza y también permanece mudo; a su lado, una chica pálida que parece llevar máscara asiente con ojos aterrados. El batir acelerado de cuatro corazones perfora el silencio de la carretera secundaria.

El conductor tuerce la cabeza sobre el cuello como si la moviera sobre un juego de cojinetes, y mira con ansiedad más allá de su espalda.

Gracias a Dios. Benditos cinturones de seguridad.

Se desmaya. Su rostro refleja alivio y sosiego.

Un bombero empaquetado de cobre y azul, mejillas de terciopelo, desliza la cabeza en el interior espacioso del vehículo y escruta a cada uno de los viajeros. Pregunta si se encuentran bien, y sin esperar respuesta coloca una mano sobre la carótida del conductor inconsciente.

Calibán se palpa el codo dolorido, mueve el tronco y las piernas y se convence de estar despierto y sin daño irreparable. Su puerta se abre, y otro bombero le tiende la mano.

No han saltado los *airbag* dice alguien.

Es un coche muy antiguo señala otra voz.

Un Plymouth Savoy de 1956 dice el bombero que auxilia por el lado derecho.

Entonces los coches se hacían para durar.

A Calibán le sorprende no sorprenderse de que el camión de bomberos esté casi pegado al vehículo accidentado. ¿Habrá llegado mientras él estaba desvanecido? No recuerda haber perdido el conocimiento, la mejor prueba de que puede haberlo perdido.

La ambulancia tarda un rato en llegar. Instalan en una camilla al conductor, que ahora balbucea, y a los tres ocupantes en asientos diseñados para estabilizar heridos.

Así es como Calibán va a parar a un hospital del que sale al cabo de una hora con un

informe de alta. Ha vuelto a nacer, le dicen los bomberos y los médicos. Del conductor y los dos autoestopistas le dicen que no corren peligro, y que puede esperarlos en el jardín o en la cafetería, dos lugares acogedores, sin escenografía clínica. Le muestran el equipaje recuperado del sólido Plymouth, señala su bolsa, se la entregan, y se despide del guarda de seguridad después de firmar un recibo. Decide no esperar a nadie y echa a andar por una avenida de castaños. Le invade la recelosa euforia de quien ha sido encerrado sin explicaciones en una mazmorra y liberado de súbito. Calibán tiene ahora mismo todo un mundo por delante. Acaba de volver a nacer. En algún lugar acecha el resto de su vida. No quiere saber dónde. La incertidumbre le hace feliz, y se dispone a disfrutar de ella.

Es raro, hasta ahora, la incertidumbre había sido el detonante de su desasosiego.

2

Sabe que la felicidad es un efímero estado

de ánimo, brasas de dopamina.

Ante él se expande la ciudad, en cuya periferia está el hospital donde le han atendido. Bonitas casas de dos pisos, con tejados en pendiente y jardines impecables. Más allá, un telón urbano con edificios abuhardillados, por encima de los cuales asoman las torres de viejas iglesias. Y cerrando el bello escenario, a cosa de un par de kilómetros, una colina alargada y verde coronada por una fortaleza.

Calibán mira hacia atrás y ve que el moderno hospital se encuentra al pie de otra larga colina, frontera a la del castillo. Deduce que se trata de un ancho valle por el que quizá fluye un río. Recuerda que hasta segundos antes del accidente ha estado dormido, y ahora mismo empieza a percibir la realidad externa: campos de cultivo troceando el terreno, viñedos de ladera, bosquecillos de abedules, aldeas en torno a una parroquia, la vía del ferrocarril perdiéndose en un túnel, la gruesa chimenea humeante de una central térmica, autopistas elevadas y una bandada de ánades conversando

bajo un toldo de nubes.

Muy despacio se encamina hacia la urbe acogedora. Llega a la parada de un tranvía en la que figura un mapa urbano con el nombre de la ciudad, pero no quiere mirarlo. Teme que la certidumbre le cambie el estupendo ánimo. Rueda el orgulloso vehículo serigrafado de anuncios, murmurando kilowatios, ciñendo su chasis a las vías con segura precisión. Calibán lo deja pasar y sigue andando.

Se esfuerza por no hacerse preguntas. No debe formularlas, es la clave, un exorcismo inverso. Silencio mental, el miedo desmenuzado en rumores, balbuceos, flujo indiscriminado de ideas y palabras, el zumbido de los coches al pasar, el llanto lejano de un niño furioso, la melodía de un teléfono móvil, dos colegialas cogidas del brazo, una anciana con abrigo de verano y tocado, esperando a que el semáforo se ponga verde para cruzar, dos hombres con chaleco reflectante y casco protector asomados a un socavón protegido con vallas, un motorista en un modelo con sidecar ocupado por un

perro. Aparecen, pasan y se van, como Calibán. Pero él ha de decidir su destino, aunque le gustaría permanecer suspendido en el tardío ocaso como un diente de león mecido por el viento, toda una eternidad. Y se somete al dictado sensato de la conciencia: hacerse un plan para esa noche. Calibán sueña con detener el tiempo. Lo ha soñado muchas veces.

Dormir. En la siguiente parada del tranvía esperan cuatro personas. ¿A cual de ellas se dirigirá para salir de dudas? ¿Por qué preguntar? Es tan placentero el silencio, la ignorancia, la corriente de sonidos acolchados que atraviesa su conciencia.

¿Dónde está el albergue “La Edad de Oro”? ¿Cómo puedo llegar a él? Por favor.

Le responde una mujer que parece estar esperando la pregunta.

Al otro lado del río. Tiene que atravesar la ciudad, y entrar en el barrio de los Cantamañanas.

¿Es conveniente tomar el tranvía?

¡Oh! ¡Vaya andando, es entretenido! ¿Le

pesa mucho esa bolsa?

No. Va casi vacía. Necesito poco.

Déjese guiar por el Espíritu Santo.

Calibán sonrío y da las gracias. El Espíritu Santo le acompaña. Ha vuelto a nacer.

3

Una calle escoltada de castaños le conduce a la estación. Hay una plaza con acacias jóvenes y membrudos robles, una feria de comidas rápidas y terrazas con mesas colectivas, llenas de transeúntes almorzando. Se acerca a uno de los puestos (colores gastronómicos, precios accesibles) y encarga un plato del *fricandó* que bulle en una sartén gigante, y una cerveza rubia, y se sienta en un banco libre.

A su lado hay dos tipos de mediana edad, uno con traje de chaqueta, el otro vestido con algo que puede ser un uniforme. Comen ensalada de arenque y pepinillos y beben un refresco.

¿Ya no trabajas en la prensa? pregunta el del uniforme al otro.

No. Cerró el periódico. Ahora estoy de *community outreach* en el teatro de Santa Mónica.

Pero no has dejado tus aficiones, lo que de verdad llena...

No, claro. Escribo reseñas, he publicado una novela...

¡Ah!

Lo que de verdad llena. ¿Es la clave de la felicidad mantener el equilibrio entre lo que tenemos que hacer para ganarnos la vida y lo que nos llena? Una paradoja, una dialéctica existencial, un conflicto entre apariencia y realidad.

Calibán desconfía de la realidad palpable; no todo lo que la conciencia discrimina se manifiesta a los sentidos. La Verdad no suele avisar que llega, ni va dejando señales, no hay yacimientos arqueológicos de Verdad; se presenta de improviso, y si quien la codicia sufre un ataque de escepticismo, puede perderla en un segundo.

¿Me espera la Verdad? Sabe que sí, porque lo desea, pero de momento disfruta del sabor

aceitoso del *fricandó*, el bienestar que aporta la cerveza rubia, el buen humor que le provoca el suspense existencial de sus dos vecinos comensales. La Verdad. Llegaré a ella. Puede que me espere al otro lado del barrio de los Cantamañanas.

Se levanta, arroja el plato de papel a un cubo de desperdicios rebosante, devuelve el vaso de cristal en el puesto de comidas, recupera su fianza, y se dirige al centro de la ciudad por una calle donde no hay ni un centímetro de fachada sin comercio. Diccionario actualizado del consumo: Baño Incoloro. Blanco Caviar. Consumación Lítica. Hierro Seco. Lobo Encarnado. Negación. Nube Atóxica. Ofertas sin parangón. Olvido. Peritas de Limón. Presencia. Relieve de Perfil. Riesgo Sublime. Sobra Muy Poco. Te Viene Grande. Todo a mitad de precio. Verano Mágico.

Calibán se desliza a centímetros de la fachada del lujo, pasa en fracciones de segundo de la sublimación al enrarecimiento, se expande como las moléculas del aroma de un pastel

recién sacado del horno. Conserva incandescentes las brasas de dopamina, avivadas por la pletórica armonía de la calle comercial.

Pasan a su lado los ejemplares más jóvenes de todas las etnias: señoritas con escotes de barco, de pico o redondo, réplicas de escapate; muchachos recién aterrizados de una valla publicitaria; ciclistas encasquetados, musculosos, erguidos sobre sus monturas; guardias varones, planchados, serenos, emitidos hace nada por la Academia de Policía; guardias hembras, el pantalón marcando nalgas sin un gramo de celulitis. Variadillo anatómico: personas indistintas, que podrían ir desnudas y pasarían desapercibidas, inmigrantes, seres hirsutos, bufones, tipos vestidos como anuncios, modestos o estrafalarios, convencionales, teletallados, andrajosos; todos aseados y limpios.

Se suceden puntualmente los tranvías según el horario prefijado. Las nubes juegan a esconder y autorizar el sol a ritmo de metrónomo al ralentí.

Calibán avanza hacia su destino con la satisfacción de pertenecer a un nicho imperecedero y seguro como un búnker.

4

La ciudad está erizada de iglesias antiguas que antaño pertenecieron al mismo credo, y que luego se escindieron del dogma inamovible. Vistas desde fuera no se adivina su adscripción religiosa. Sus torres emergen como espárragos en el macizo urbano. Calibán desemboca en la plaza principal. Ayuntamiento neoclásico, iglesia de planta y desarrollo gótico construida de ladrillo polícromo recién remozado. En una de las puertas del crucero advierte un cartel: “La Iglesia está abierta”. Calibán se pregunta por qué es necesario anunciarlo.

La plaza está ocupada por furgones y remolques-tienda con fruta y verdura de catálogo, panaderías surtidas y chacinerías con embutidos colgantes que evocan un órgano polícromo, ilustraciones didácticas de un libro infantil. Los dependientes y las dependientas

son titanes simpáticos, visten uniformes recién planchados y almidonados, cofias y sombreros de una tradición fabulosa.

Se mete el viajero en un pórtico de piedra, pasa por delante de la oficina de turismo, y decide seguir ignorando los detalles, gozar de la atmósfera, prolongar la burbujeante incertidumbre. No saber donde uno está.

Luego se arrima de nuevo a la calle por la que circula el tranvía y continúa su camino en dirección al albergue “La Edad de Oro”.

No muy lejos, frente a él, ve una colina plantada de viñas. Está al otro lado del río, ahora visible. A lo largo de la falda, entre la colina y el río, se extiende un barrio menos aseado que el resto de la bonita ciudad. Quizá es el barrio de los Cantamañanas. Calibán atraviesa el río caudaloso y patriarcal por un puente de piedra. Las pilastras de sus viejos arcos están coronadas a ambos lados de la calzada por solemnes estatuas de santos, vírgenes y obispos con la mitra renegrida por los siglos. Ya en la otra orilla, se abandona al azar por las calles.

Son casas de varios pisos, con fachadas recamadas de altorrelieves mitológicos afectados por el tiempo, balcones en estado deplorable con molinillos de colores, y pasquines llamativos pegados en la pared. Circulan por el asfalto una sucesión de bicicletas montadas por jóvenes salidos de un molde diferente al de los ciclistas predominantes en la ciudad.

En uno de los pasquines, el viajero lee en letras de imprenta manuscritas: *Homeric society is composite in natures, a sort of utopian community that existed in no single place or point in time.* La sociedad homérica es una mezcla de naturalezas, una especie de comunidad utópica que no existió en ningún tiempo ni lugar.

A su lado pasa una muchacha empujando un carrito de niño con niño.

¿Quién destruyó los palacios micénicos?

Calibán no puede creer que el bebé haya formulado la pregunta, aunque el sonido procedía del cochecito. Ha debido de sonar en su cabeza. Ocurre a veces. ¿Quién destruyó los palacios micénicos? ¿Los dorios invasores,

revueltas generalizadas, un cataclismo natural, los Pueblos del Mar? Le habría gustado que la muchacha se detuviera, le mirara sonriente y resolviera la incógnita. Y luego, sacudiendo la cabeza para quitarse un mechón de pelo de delante de los ojos, volviera a interrogar algo así como “¿A usted no le parece extraordinario que se perdiera la escritura durante cuatro siglos y de pronto se recobraría con un alfabeto nuevo? ¿Tanto tarda en recuperarse un alfabeto?”

Pero la muchacha sigue su camino indiferente a la historia. Es alta, con tirabuzones rubios, pechos lactantes, pies calzados con sandalias, vestido de lino azul celeste hasta los tobillos, tachonado de estrellas y planetas y un escote cruzado por cintas.

¿Estoy en el barrio de los Cantamañanas? Entonces ocurre algo inusual. Se escuchan fuertes voces. La atención de transeúntes y ciclistas se dirige a la ventana de un segundo piso, donde se asoma una mujer joven morena que proclama a voz en grito su mensaje.

¡El mundo está a punto de acabarse!

¡Preparaos para el Apocalipsis! ¡No corráis, no os escondáis, el Apocalipsis alcanzará hasta las ratas y las cucarachas! ¡No hay cueva ni madriguera donde refugiarse! ¡Preparaos, esto se acaba!

Calibán retrocede hasta quedar pegado a la pared de la acera de enfrente. La mujer histérica está a unos diez metros frente a él. No le mira ni se dirige a nadie en particular. Y sin embargo, él la reconoce. Debería echar a correr. Pero sabe que no llegaría a ningún sitio. Se encoge, se acurruca y aguanta unos reproches que recibe de lleno en su corazón, aunque sabe que la mujer histérica ignora su existencia.

Nuevos gritos sacuden la atmósfera hasta ahora segura y plácida de la calle. Son vecinos de la profetisa, que avisan de que un llanto de niño sale de la vivienda, algo puede estarle ocurriendo a una criatura. Ni ciclistas ni peatones reaccionan. Calibán intenta recular más, hundirse en la nada, pero la pared de la casa es terca y sólida. Pasan los segundos, quizá los minutos. La profetisa no cesa de proclamar

el fin de los tiempos, llorando, gesticulando, aunque la expresión de su cara no es de angustia, sino de fatalismo. Por fin se acerca el ulular salvador de sirenas. Desemboca en la calle un coche de policía, detrás una furgoneta de bomberos y una ambulancia, en sucesión jerárquico-práctica. Irrumpen los rescatadores en el edificio y pronto retiran a la mujer de la ventana. La calma es agobiante por unos segundos, como si de verdad el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina. Llegan noticias, se transmiten a la velocidad de un enjambre de avispas. La mujer había atado a un niño, posiblemente hijo suyo, a una silla; un niño de poco más de un año.

Calibán mira anhelante la puerta del edificio por el que salen vecinos, policías y bomberos. Uno de ellos se le queda mirando y le sonrío. Calibán le identifica, es el que le ha ayudado en el Plymouth Savoy después del accidente, el bombero de mejillas aterciopeladas. ¿Es una casualidad, o un suceso lleno de significado? Arranca a buen paso hacia

“La Edad de Oro”, donde descansará al menos esta noche.

5

En el zaguán del establecimiento tiene que mostrar su documentación. La entrega sin mirar, evitando reconocerse, fingiendo ser un vagabundo, un diente de león zarandeado por la brisa. Le dan una hoja con las instrucciones de convivencia, otra con los horarios de las tareas comunitarias en las que ha de participar, y una última con las actividades de asistencia voluntaria. Le instalan en una habitación compartida, con ventana abierta a la cuesta plagada de viñedos, casi al alcance de la mano. El cercano panorama le fascina.

Deja en el cuarto su ligera impedimenta y se dirige al castillo, por el caminito que atraviesa en zigzag las hileras geométricas de parras tendidas en cordeles metálicos sobre la cuesta. En la ascensión contempla a lo lejos la otra ladera del valle, más allá del hospital, y la carretera por la que circulaba el Plymouth

Savoy antes del accidente. La esfera solar declina, pero todavía quedan horas antes del crepúsculo porque la latitud de la ciudad es alta.

La fortaleza está casi vacía de visitantes. Un par de autobuses se sanean en un amplísimo foso a la sombra de un ciclópeo lienzo de murallas. Calibán llega al patio de armas a través de un par de túneles refrescantes. Un enjambre de expedicionarios se agolpa a la entrada de una estancia donde una colección de paneles ilustra la reconstrucción de la fortaleza, abandonada tras guerras sucesivas. A Calibán no le interesan las guerras modernas, le repugna su verosimilitud cinematográfica en sonido estereofónico. Sólo las guerras antiguas convocan su atención porque derivan de épicas gloriosas, de relieves, de lápidas, de mosaicos, de pergaminos silentes: Titanomaquia, Mahabarata, Iliada, dioses contra titanes, señores del cielo contra señores de la tierra, troyanos contra aqueos, las guerras micénicas, hititas contra casitas, egipcios contra hicsos. Y así seguido.

Se asoma a un parapeto que domina el valle. Ante él se precipitan los viñedos hacia el río, solemne a esa distancia. Diminuta, entre dos puentes, hay una playa con bañistas. Calibán sólo distingue puntitos, pero imagina cuerpos púberes tendidos al sol, y sirenas y tritones retozando en un agua misteriosamente preindustrial.

Al retornar al patio de armas, descubre algo que estaba allí, pero que le había pasado inadvertido hace un instante. Una nereida de bronce baila sobre la cubierta de un pozo con brocal de piedra. Se pregunta si ha sido esta visión desapercibida la que ha estimulado su imaginación al vislumbrar la playa lejana.

Es hora de regresar a la ciudad, que yace abajo, preñada de promesas, azarosa. Pero Calibán la evitará, como el prudente pasa de largo ante la cueva de Aladino abierta de par en par; se recogerá en el albergue, refugio seguro. Se imagina en él asomado a una ventana, testigo de la serenidad que se desparrama por los tejados y las torres.

Para descender al valle, toma el camino opuesto al de la ascensión, por la entrada principal de la fortaleza. Una fachada de piedra rosa, como fauces de cíclope, desemboca en un puente de construcción maciza. Tras él hay una meseta ajardinada, castaños descomunales, robles fabulosos, acacias robustas, césped impoluto, todo el jardín inclinado hacia los bordes del cerro, que emerge en el valle ancho y tapizado de viñedos verde pámpano.

Calibán se detiene en la orilla de la meseta que domina la ciudad, y desde el parapeto deja correr la vista por los edificios más próximos. Son construcciones atrevidas y modernas con balcones en voladizo, y un ancho patio inscrito en tres lados (el cuarto, sin edificar, da al castillo); pegadas a las modernas, otras casas que llevan más un siglo en pie, de ventanas estrechas, fachadas uniformes y tejados de dos aguas como rojizas gorras cuarteleras. Se dirían edificios desiertos, porque el único rastro de seres humanos son las hamacas vacías, las mesas de jardín, los bellos maceteros con plantas, y un

tendedero plegable con prendas femeninas de colores, todo ello en los anchos y modernos balcones.

En una de las casas antiguas destaca una claraboya que enmarca un juguete náutico, una chalupa de vela. Mientras la observa intentando descifrar la voluntad que la ha colocado precisamente allí y no en una vitrina o sobre un aparador, un fugaz movimiento percibido con el rabillo del ojo le hace desviar la mirada. En el balcón del edificio moderno más próximo al de la chalupa, ha aparecido una mujer en pantalón corto y camiseta deportiva con una regadera de cinc. Su edad es imprecisa a esa distancia, parece joven, pero también puede tratarse de una mujer madura. Calibán piensa en la muchacha de vestido de lino azul tachonado de estrellas, que empujaba un carrito de niño hace un rato. Pero no puede ser ella, porque su pelo largo y lacio es moreno, y la madre lactante tenía tirabuzones rubios. En Calibán emerge una energía turbadora. El deseo magnético de ser parte de aquel balcón, de compartir la

vivienda impenetrable a los ojos. La duplicidad gozosa de estar apoyado en el parapeto de la muralla exterior de la fortaleza, y a la vez leyendo una revista académica de arqueología en aquel salón de estar invisible, arrellanado en un balancín de cuero, dándose impulso mecánicamente con los pies en una mesita de cristal con un búcaro de claveles color azafrán y un elefante de marfil adquirido en un zoco de Madrás, consciente a medias de que hay una mujer en el balcón de la casa, con quien está viviendo una aventura, sólo una aventura, sólo una aventura, sólo una aventura.

A esta imagen ni siquiera plasmada, dibujada sin materializarse en algún amasijo de neuronas y sin embargo potente, se superpone una interferencia. Un teléfono de baquelita colgado de la pared sucia de un bar. Debe de ser algo que Calibán ha visto recientemente en algún sitio. Sin embargo tiene la certidumbre de que es un símbolo oportuno, la evocación figurada de un instrumento para comunicarse

con un tiempo pasado que fue mejor. Y escucha este susurro: “La paz espiritual es librarse de un fardo cargado de radioactividad negra y pringosa. Librarse del miedo a hablar, a comunicarse, romper el hechizo de no poder expresar lo que realmente se siente y se piensa, dejar de verse como un alienígena, quebrar la prohibición de compartir lengua y sentimientos reconocidos.”

Se aparta de la muralla sin volver a mirar a la muchacha que riega, está convencido de que es una muchacha. Llega al rellano superior de una profunda escalinata de piedra que comunica la meseta ajardinada del castillo con el barrio del río, y comienza a descender. En el tramo más bajo, escoltando los peldaños, se elevan dos de los edificios observados antes, a la derecha el nuevo con sus balcones voladizos, y a la izquierda el más antiguo con la claraboya y la chalupa de juguete, ahora invisibles, con tejado rojizo en forma de gorra cuartelera.

¿Quién será el inquilino que ocupa su habitación en el albergue? ¿Quién le habrá tocado como compañero?

Calibán empieza a hablar con él antes de conocerle. Le dice:

Paseando por la playa, encontramos un tímido oleaje. Pero si nos zambullimos, seremos presa de un mar de fondo que nos puede arrastrar hasta el límite de nuestras fuerzas. Es una posibilidad. Hay otra: de pronto se arma una tempestad. Sin oportunidad de refugiarnos, nos quedamos en la orilla, azotados por las ráfagas de lluvia, observando con respeto el batir furioso de las olas. Somos una mota de vida bajo un cielo de pizarra, quebrado por relámpagos. Poco a poco el meteoro desatado amaina. Asoma el sol, curioso como un niño, y caldea la transparencia de la atmósfera. La arena, sin embargo está llena de desechos que tendremos que limpiar. Esa será nuestra tarea más inmediata.

El tipo imaginado contesta.

Me gustaría abrir un zoo para

competitivos, ¿vale? Meteríamos a todos los chalados por la competitividad, por la aventura y el riesgo, a los tipos de acción, a los insatisfechos. Sería un zoo humano, una especie de isla rodeada por un campo de minas. Que se las entendieran allí con sus pasiones...

El inquilino real resulta ser un hombre de acaso cuarenta años, casi calvo, de estatura mediana, extremidades de antropoide, largos los brazos, cortas las piernas, vestido con indumentaria deportiva. Estrecha la mano de Calibán con firmeza, sin esbozar una sonrisa, acaso porque no la crea necesaria. Si están allí juntos es por puro azar, ninguno de los dos lo ha buscado ni querido. Lo mejor es llevarse bien, pero sin intercambiar emociones. Esto es lo que Calibán imagina que el otro está pensando. Se llama Pretorius y dice trabajar para una agencia de noticias.

¿Bajamos juntos a cenar? propone.

Calibán acepta, y se dirigen por una escalera amplia, de peldaños desgastados y

baranda de madera nueva pintada de ocre, al piso bajo, donde se halla el comedor.

Esta casa es muy antigua dice Pretorius mientras descienden . Fue cuartel y luego asilo de lunáticos. Para ello, la dividieron en dos alas, la de los hombres y la de las mujeres. No querían promiscuidad y escándalos. Los locos son capaces de cualquier cosa.

Calibán trae a su memoria la fachada del albergue. Tiene, sí, aspecto de cuartel. Una puerta inmensa en arco apuntado, ceñido por una gruesa cuerda de piedra, se abre en la mitad justa de la fachada. A los lados, filas de ventanas, hasta cuatro pisos. Se percibe un juego geométrico, algunas están adinteladas caprichosamente, otras tienen arcos conopiales deformados por el diseñador, acaso un arquitecto loco, inquilino del viejo manicomio.

¿Lleva usted mucho tiempo en “La Edad de Oro”? pregunta Calibán, mientras cruzan el comedor con la bandeja hacia una mesa vacía.

Menos de un año.

Los dos hombres comen con apetito y

entablan una cordial conversación de naturaleza difusamente filosófica.

Calibán, todavía con el eco del diálogo imaginado hace un rato, lleva el tema hacia sus preocupaciones.

La ambición es algo que me aterra dice. Y hace un gesto interrogativo, esperando la reacción de Pretorius.

Yo paso de ella — contesta el otro.

He construido una teoría basándome en mi experiencia. La ambición (el deseo, la codicia, la concupiscencia) se despierta casi siempre durante el sueño. Uno sueña lo que las personas de su alrededor esperan que él sea. En la vigilia, la ambición descansa o duerme. Para realizarse, la ambición necesita romper el sueño, hacerle estallar. Entonces pone en peligro la normalidad de la existencia, la comodidad, la rutina, y vuelve al individuo temerario.

Según eso, hay una estrecha relación entre ambición y fantasía — deduce Pretorius.

Total, aunque nadie quiere admitirlo, porque la ambición es un producto generado

socialmente, que no se encuentra en los genes de ningún ser humano.

¿Ningún ser humano?

Es posible que en muy pocos, sí admite Calibán . Un gobierno responsable hallaría la forma de evitar los males derivados.

¿Cómo?

Abriendo un zoo para competitivos. Encerraría en él a los chalados por la competitividad, por la aventura y el riesgo, a los hombres de acción, a los seres insatisfechos. Un zoo humano en una isla rodeada por un campo de minas. Allí podrían los ambiciosos dar rienda suelta a sus pasiones.

¿Y por qué algunos seres humanos no pueden evitar ser ambiciosos y la mayoría están vacunados contra la ambición?

No, no están vacunados. Es al revés. Desde bien chicos se nos inocular el bacilo.

Pretorius propone que el peligro de los hombres de acción sin cualificar se puede neutralizar utilizándoles en trabajos muy jerarquizados, como el ejército o la policía.

Y a los ambiciosos cualificados... Pretorius deja sin acabar su propuesta . Quizá, cuando usted habla de ambición quiere decir codicia. Y cuando habla de pasión o adicción a la aventura y el riesgo quiere decir temeridad.

Sí, sí. Tiene razón.

¿Competitividad?

La competitividad es un eufemismo lingüístico. No existe ningún instinto de competitividad. Supervivencia no es competitividad. Los animales no son competitivos.

En ese instante los ojos de Calibán, que divagan por el comedor, tropiezan con la figura de una mujer joven, quizá de la edad que podría tener la que ha visto desde la fortaleza regando en el balcón. Conoce a esa mujer. Sí, se llama Kalifornia. Se ha hecho famosa en los programas escandalosos de la televisión, aireando su catastrófica experiencia afectiva; su novio era un joven rico que financió una cadena de tiendas, eficiente e impecablemente

gestionada por Kalifornia. Cuando el negocio iba viento en popa, le retiró su apoyo económico, rompió el noviazgo y se quedó con la cadena. Ahora Kalifornia no es nada.

¿Le satisface su trabajo? pregunta Calibán a Pretorius, recogiendo su mirada en él.

¿Quiere saber si soy un tipo ambicioso?

Y antes de que Calibán pueda intervenir, continúa : No lo soy.

Oiga, ¿usted no estaba comiendo este mediodía en la Plaza de la Estación?

Sí, con un amigo.

¿Qué coincidencia! Yo estaba en la mesa de al lado. Me dio la impresión de que eran periodistas

Sí que es una coincidencia. Sí lo es. Pero yo no soy periodista. Mi amigo, él sí. Yo soy guardia de seguridad y recepcionista. Vuelve a sonreír . Uno de los despachos pertenece a una agencia de noticias. Son muy simpáticos. Por eso me gusta decir que trabajo para una agencia de noticias. Es verdad. ¿Puedo saber cual es su profesión?

Yo era arqueólogo. Ahora, viajo.

Largo, cómodo silencio.

Mañana temprano hay una sesión de yoga. ¿Se ha apuntado usted?

7

Calibán no ha llegado a despertarse porque no ha llegado a dormir. Su descanso nocturno es intermitente. Es casi un hábito, acentuado las primeras noches en nuevas ubicaciones, que suele pasar en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño. Pensó que viajar sería una forma de modificar esa costumbre, que el cansancio le rendiría. Pero todavía no es así.

Al abrir los ojos a la mañana soleada descubre que está solo en la habitación. Esto le hace pensar que acaso su sueño sea menos liviano de lo que él supone. Calibán tiene un montón de supuestos sobre él mismo, muchos de los cuales no se corresponden con la realidad. Pero también sabe que la percepción de la realidad parece caprichosa cuando los

supuestos también lo son. La norma inequívoca es: cuando se está libre de preocupaciones, la realidad siempre es agradable. ¿Cómo se libra uno de las preocupaciones? ¿Siendo como los demás, una copia, una reproducción, un mecanismo?

Cuando se elige imitar a todo el mundo, se convierte uno en un ser extremadamente vulnerable, pero pasa inadvertido en el enjambre indistinto. Cuando se elige ser uno mismo, se expone como una diana al daño y al perjuicio ejercido por la naturaleza y el mundo, pero se está preparado para la adversidad. Ser invulnerable no es lo mismo que ser insensible, pero la insensibilidad ayuda. Un mecanismo insensible.

No sabe cómo será hoy la realidad, pero su ánimo es catastrófico. Sufre la ferocidad de un mundo mezquino y tenebroso, y sus nociones de otros mejores se aparecen en forma de chispas, como si su luz redentora se filtrara por los agujeritos de un tupido colador.

Se arrastra fuera de la cama, se viste un

chándal y se dirige al gimnasio. Es de los primeros en llegar. Un largo rectángulo de sol se proyecta en el suelo de madera lustrosa desde una alta ventana. En una basta manta gris, sentado sobre sus piernas cruzadas ejercitando la respiración, se halla Pretorius. La monitora de yoga o lo que quiera que sea la práctica programada, le dedica una sonrisa, y le señala una montaña de mantas. Toma una y se sitúa frente a Pretorius, al borde del ancho cuadrado de luz que entra por el ventanal. Su compañero de habitación le mira sin saludarle, sin interrumpir su respiración, ahora próxima al jadeo. Llegan poco a poco el resto de practicantes en indumentaria deportiva. Algunos se reconocen, incluso efusivamente, con besos y caricias. Una señora de piel curtida se inclina sonriendo sobre Calibán y deposita en su frente un ósculo.

La monitora da unas breves instrucciones y empieza a recitar una oración. A Calibán el ejercicio le parece una parodia. La monitora, Pretorius, los ejercitantes se comportan como

autómatas felices. ¿Estarán todos fingiendo o se encuentran poseídos de la placidez que manifiestan? Copias, reproducciones, mecanismos.

De pronto, mirando a una de las muchachas, le impregna algo que se atreve a definir como un inoportuno fluido erótico. Es Kalifornia, a quien ha visto alguna vez fulminando a su ex novio en la televisión, y retratada en ciertas revistas, con la mirada furiosa. Viste un ceñido traje de gimnasia que marca el bulto de sus pechos, el perfil olímpico de sus muslos y sus pantorrillas, sus nalgas de Afrodita. No es bella, pero sí una profesional de la apariencia. Su rostro alargado lo cierra una sólida quijada, su dentadura es sobresaliente, su nariz grande y sus ojos pequeños. Pero su cara ha adquirido el hábito de la seducción. Lleva el pelo negro recogido en una cola que oscila al rotar la cabeza sobre su cuello níveo. Kalifornia atrae como un imán, posee un electromagnetismo audiovisual.

A Calibán le ataca de nuevo la sensación

de conocer a esa mujer personalmente, algo improbable o imposible por razones profesionales muy notorias. ¿Qué hace Kalifornia en “La Edad de Oro”? ¿Qué hace él?

Después de desayunar, Calibán duda entre encerrarse en su habitación (Pretorius se ha marchado a su trabajo, vestido de uniforme) o recalar en la biblioteca del albergue. Toma recado de escribir y se dirige al espacio común.

Poco antes del mediodía, guarda el texto manuscrito sin releerlo, atendiendo la llamada del comedor. Y después de almorzar bañado por la luz de un sol lechoso, despliega los papeles mientras saborea el postre, una gelatina con sabor a fruta, da igual qué fruta, y corrige y precisa con el lápiz su discurso.

Helo aquí.

Si la vida tiene algún sentido, el sufrimiento también lo tiene. Pero, ¿cual? ¿Purgamos un daño hecho anteriormente, en esta vida o en una previa?

Si la vida no tiene ningún sentido, si es un sucederse biológico mecánico y ciego, con algunos

espasmos que llamamos evolución, ¿qué podemos hacer para evitar el sufrimiento?

¿Qué es la vida para un árbol?

¿Qué es la vida para un ratón?

El árbol no sufre. El ratón tampoco, al menos en la medida de mi sufrimiento humano, consciente, pero inexplicable, irreductible.

Ni el árbol ni el ratón necesitan que la vida tenga sentido. Privados de conciencia, la vida les arrastra.

Pero yo sí necesito encontrarle un sentido a la vida. Por alguna razón indiscernible, yo poseo conciencia. Mi conciencia me permite disfrutar de grandes alegrías, me proporciona ilusión, me estimula. Pero, también, mi conciencia me descubre el dolor de un modo profundo, íntimo; no el dolor de una quemadura, de un castigo, de una privación, sino del sufrimiento humano.

La vida tiene uno y muchos sentidos al mismo tiempo. Esto nos desconcierta, nos aturde, nos incita al alboroto, al desatino. Cada día encontramos un sentido diferente a la vida. El sentido de la vida es apurarla en compañía de la muerte.

8

Al salir a la calle por la puerta del arco conopial descentrado se encuentra con un grupo de muchachas. Están delante del nombre del albergue, grabado en una plancha de metal, “La Edad de Oro”. Las letras góticas se asoman entre sus cuerpos uniformados. Quizá sean enfermeras, quizá empleadas de una empresa de limpieza, quizá milicianas. Son más de diez, una pequeña multitud sin ocupación ni destino. ¿Esperan a alguien? ¿Esperan algo? Casi todas tienen la cabeza cubierta por una especie de quepis. Las que no lo llevan puesto exhiben cabellos de color salmuera, frentes hidrocéfalas, y orientan la mirada a una lejanía septentrional donde habitan las focas y los ángeles.

De pronto el grupo se parte en dos, haciendo pasillo a un tipo atlético que echa ascuas por los ojos, y viste unos pantalones raídos pero de marca, una camiseta pavorosa con sello exclusivo y un gorro negro de lana cubriendo su cráneo probablemente rasurado. Al pasar al lado de Calibán se detiene un

segundo, se vuelve hacia él con gesto maquinal y le dice:

Hola, Calibán! ¿Estás bien?

Y sigue su camino hacia el interior del albergue sin esperar respuesta, dejando un rastro de chispas que caen de sus pupilas al pavimento como lágrimas incandescentes.

“La mujer ha sido hasta ahora el quid de todo malestar cultural”.

Parece la voz del tipo atlético que conoce a Calibán. ¿Debe Calibán conocerle también a él? “Demillur”, viene a su cabeza. Se llama Demillur, y está convencido de que el malestar cultural se expresa siempre a través de la mujer. Calibán se lo ha escuchado decir, pero no sabe dónde ni cuándo.

El accidente en el Plymouth ha sido un bandazo en la vida de Calibán, ha recolocado todos sus pensamientos, sus creencias, sus figuraciones. Las que estaban en la superficie y le servían de recursos inmediatos se han dispersado o se han ido a lo más profundo, y han emergido otras depositadas en los estantes

remotos de la niñez y la juventud. Las convicciones inertes de Calibán parecen haberse desprendido, volado y desparramado por la fuerza de la voltereta del automóvil, y han sido sustituidas por frescas ideas antiguas, llenas de vigor.

Sus razonamientos fluyen ahora sin encontrar obstáculos, sin desviarse, sin estancarse. La fosilización de sus neuronas remite. Le desborda una interconexión jubilosa, casi hilarante, de su conciencia con el magma volcánico de la vida. Todo se le hace nuevo, pero de una esencia conocida, satisfactoria, plena.

Aprender a lidiar con esa nueva realidad recuperada es la imposición más apremiante. Una realidad caleidoscópica, fragmentada, inestable, pero al alcance de su mano. La dosis impenetrable de la realidad, esa que obstruía, desesperaba y abatía, ha sido barrida por un torbellino de acordeones, guitarras y pianos que no han parado de sonar desde que se inventaron los instrumentos. Ya no le hace falta

a Calibán recurrir a filosofías, ya no necesita la guía de profetas y maestros para abrirse paso en esa realidad cotidiana, espesa como un puré de guisantes, con la que solía topar nada más salir de casa a trabajar o a comprar víveres.

Descubre que ha pasado mucho tiempo convencido de que la realidad se había deshumanizado por sí misma, algo imposible, puesto que la humanidad de las cosas depende de los humanos. Sin embargo, cierto pesar vago, inubicable, le hacía percibir el mundo de esta manera, quizá su incapacidad de imponer a la realidad su orden legítimo, vital. Y ahora comprende que no es culpa suya, aunque todavía no sabe de qué o de quién. Pero se propone averiguarlo.

Atraviesa un pequeño macizo de edificios, un barrio segregado de la ciudad, que se entrega a la tarde al otro lado del río. Pasa por un café, se detiene en su puerta, que un cliente ha dejado abierta al entrar o al salir, y escucha el suspiro alegre de un acordeón desasiéndose de

la melancolía, y un piano arrastrando el telón inerte que una guitarra rasga con desvergüenza. El ritmo empuja a Calibán hacia la colina del castillo.

Se dirige a la escalinata que sube hacia la fortaleza y por la que bajó la víspera, a pecho descubierto, en busca de la suerte. Está seguro de encontrarla.

Una tienda heteróclita ocupa la esquina del callejón del que parte la escalinata. En el escaparate hay bolsos y corbatas estridentes colgados de una barra, y sobre una repisa con mantelito de puntilla, un surtido de loza y cristal. Un cartel anuncia que también hay discos de música clásica.

Empuja la puerta del bazar, que hace repicar un carillón. Y encuentra a la muchacha del vestido azul celeste serigrafiado de estrellas y planetas, pechos lactantes, escote de cintas y tirabuzones rubios, que ahora viste unos bombachos floreados y un chaleco de raso verde bordado de grana y oro. En sus manos tiene un libro que reza: “La Edad Oscura. ¿Quién

destruyó los palacios micénicos?” Levanta la mirada del libro y la dirige al que acaba de entrar. Al hacerlo, el libro queda en una posición extraña, como si hubiera estado aguardando ese momento, la aparición de un hombre de profesión arqueólogo a quien tenía reservada la pregunta. Calibán toma el libro y responde.

Los cataclismos. Las invasiones dorias y los Pueblos del Mar. El agotamiento de un sistema que en Asia perduró y construyó imperios. Una variedad de errores humanos y meteorológicos.

¿Los conoce usted?

Calibán vacila antes de contestar que sí.

¿Me los puede resumir mientras doy el pecho a Delvaux?

La muchacha saca al bebé del carrito, se sienta en un sofá, coloca a la criatura en su regazo, desabotona su chaleco de raso, se lo quita, y aproxima la boca del lactante a su pezón izquierdo. Sus axilas están pobladas de un largo vello rubio. Calibán se recrea en aquel bello

torso maternal antes de comenzar su discurso.

9

Helo aquí.

«En noviembre de 1876, el empresario profesional y arqueólogo aficionado Heinrich Schliemann escribió a Jorge I, rey de los Helenos, una carta anunciando con gran prosopopeya el descubrimiento de la tumba de Agamenón, el rey de Micenas que comandó las tropas aqueas en la guerra de Troya. ¿Qué esperaba Schliemann de esta comunicación? Quizá que el rey pusiera a su disposición un ejército de peones para rastrear a toda velocidad testimonios que confirmaran los poemas de Homero y de Hesíodo. Pero Jorge I era danés, y añoraba la húmeda llanura de Jutlandia, si bien hacía lo posible por adaptarse a la seca y anfractuosa Grecia, plagada de ruinas desmenuzadas por las guerras. Schliemann, que había tenido problemas en Troya con el gobierno turco del pachá, creía que la autoridad política cristiana era un argumento inapelable.

Una idea muy germánica, pero de dudosa eficacia en el Mediterráneo, que ni Macedonia, ni Roma ni la Cruz ni el Islam han conseguido jamás unificar. El gran logro de Schliemann fue levantar la envidia y la concupiscencia de todo el estamento académico europeo y, de rebote, interesar a los Estados que presumían de hundir sus raíces en la civilización Clásica.

«Nunca se sabrá si Agamenón, rey de Micenas, fue una figura histórica o un héroe literario. Es imposible saberlo. El hueco de la Edad Oscura se interfiere entre la Edad del Bronce tardía y nosotros como un abismo. En un periodo de 30 años, que comienza más o menos en el año 1200 antes de nuestra era, los palacios de Micenas, Tirinto, Pilos y otros pertenecientes a una civilización próspera e incluso lujosa fueron destruidos y abandonados. Las siguientes noticias históricas que tenemos de Grecia son del siglo VIII. Durante cuatrocientos años aquel apogeo cultural se disipa y evoluciona hacia la polis, la democracia, la tiranía o el dominio de oligarquías orgullosas

de sus bienes raíces, de su flota de mercaderes y de su retórica. ¿Qué fuerza bárbara y primitiva acabó con aquella civilización colosal y fastuosa? ¿Qué pasó en aquellos cuatro siglos oscuros? ¿Quién o qué los oscureció?

«Se ha hablado de las invasiones dorias, procedentes de Doris o de Tesalia, en el corazón de la península helénica, de los hijos de Hércules, expulsados antaño del Peloponeso, que reclamaban sus tierras primigenias. Se ha hablado de los Pueblos del Mar, una invención egipcia. Se ha hablado de terremotos, de desviaciones de los polos magnéticos, de pequeñas edades de hielo, de agotamiento de los recursos almacenados en los graneros que alimentaban a la población, de revoluciones por hambre, de caída en desuso de oficios que mantenían la actividad cotidiana y ceremonial de los palacios, de inutilidad de la escritura, al perderse la necesidad administrativa.

«En resumen, no hay una sino un encadenamiento de causas variopintas. Es todo lo que sabemos, todo lo que deducimos, lo que

calculamos o imaginamos. Una civilización de héroes ultramontanos da lugar, misteriosamente, a una civilización de proto-burgueses y proto-socialdemócratas. »

Al quedar dormido el mamoncete, la madre lactante le vuelve a colocar en su moisés portátil, pero no se viste el chaleco bordado de grana y oro, y permanece ante Calibán como la sacerdotisa de las serpientes del palacio de Cnosos, con los brazos alzados, pequeñas matas de vello dorado en sus axilas, en actitud de reclamar información sobre la civilización minoica de la isla de Creta, también víctima de las mismas plagas que fulminaron la civilización micénica.

“¿Qué fue de mí?”, dicen los ojazos azules de la mujer lactante, como si hubiera sido extraída de su urna en el museo de Heraklion y colocada en el bazar heteróclito.

¿Qué será de nosotros? pregunta Calibán, absorto ante la sacerdotisa sin serpientes.

La mujer se pone el chaleco, pero no lo abotona.

¿Vendrá a vernos? pregunta .
Delvaux tiene mucho que contarle.

10

En la recepción de “La Edad de Oro” le entregan un sobre a su nombre.

Calibán se dirige a un salón de estar que huele a légamo, quizá porque la vieja moqueta almacena entre sus fibras machacadas por multitud de pies una humedad fluvial. Es una habitación amplia pero con poca luz, a causa de la angostura de sus ventanas.

Se sienta en un sofá, al lado de una lámpara, y rasga el sobre. Contiene un papel con un hombre en la cabecera: María Ávida Constancia Desvalida. Debajo se lee el siguiente texto mecanografiado:

¿Alguien conoce a Demillur? Y si alguien le conoce, ¿le ha visto últimamente? Con esa mirada febril suya, y estirando el cuerpo como los patos, una

manía de bajito... ¿No le han visto o no le conocen?... Sí. Demillur, el pintor genial. Ese diablo de la forma y el color, ese ángel del Apocalipsis... Lo digo en serio, estoy buscándole. Me debe.... No dinero, no... La verdad es que soy una ilusa, buscando a Demillur en cuevas como esa. Demillur no salía nunca de la suya, de su estudio, si no era por razones estrictamente biológicas... Y tampoco puedo ir a buscarlo a su estudio. Ya no existe. Pero él, sí. Estoy segura. Vive. Escondido. Es un hombre incombustible. Un tipo de los que escasean, un personaje con una misión: arrancarse el alma y volcarla sobre un lienzo, un papel, una madera, un muro. En cualquier material donde se puedan vomitar los sentimientos y teñirlos de colores... Demillur me hizo daño. Me dijo que era un hombre en busca de una mujer de psicología sencilla con la que vivir. Una psicología sencilla. ¿Piensa usted que soy una mujer gimoteante, que haría mejor en morirme? Una voz me advierte que ya estoy muerta. Le pregunto si ahora por fin todo es fácil y tranquilo, si he entrado en esa Jauja donde los deseos se cumplen. Pero la voz me dice que no, que

es el lugar de la no existencia. ¿Dónde habito?

Aquí se acaba la hoja. A la vuelta no hay nada escrito. En el sobre no hay ningún otro papel. Tampoco tiene remite. Tan sólo la palabra manuscrita con rotulador, “Calibán”, que lo mira perplejo, lo levanta y lo pone contra la tulipa iluminada en busca de algún detalle insignificante que le revele algo. Al bajar la mano, siente una presencia cerca. Vuelve la cara y se encuentra con la de Kaliformia, de pie ante él, observándole con curiosidad y paciencia. Calibán agita el sobre con una mano y el papel que contenía con la otra, esperando una reacción de Kaliformia; porque, si su inesperada presencia allí no es una casualidad, debe de ser la autora del texto, y quiere saber por qué lo ha dirigido a él.

¿Por qué a mí? pregunta, encogiendo las cejas.

Calibán dice la muchacha ignorando la pregunta, quizá pensando que es una jaculatoria o una frase automática, me han dicho que en

otro tiempo fue usted comunista.

Es él quien cree que la mujer ha sido hasta ahora la responsable de todo malestar cultural — persiste Calibán en su preocupación.

¿Quién?

Demillur — y exhibe el papel en el que se menciona al pintor de mirada febril.

¿También fue o es comunista?

No tengo ni idea.

Calibán deja sitio a la mujer en el sofá. Kalifornia se sienta.

Lleva el pelo suelto. Sobre sus cejas exageradas baila un flequillo negro. A Calibán le intimida el excesivo maquillaje de la mujer. Las mujeres maquilladas le dan miedo. ¿Qué habrá bajo las cremas, los polvos y los afeites? ¿Qué ocultarán? ¿Qué disimularán? Se imagina despertando por la mañana en el mismo lecho que Kalifornia después de una noche tórrida, con el sabor del pintalabios de la chica todavía en su boca, el perfume seductor que vertió sobre su cuello impregnando la almohada. La mujer ha pasado un rato en el baño antes de

acostarse, quitándose de encima kilos de cosmético, y se ha metido en la cama a oscuras, cuando él estaba a punto de dormirse. Pero ahora, la luz del sol atraviesa el visillo de lino con bordados de florecillas silvestres. Ahora su rostro será el auténtico, con sus imperfecciones bien visibles. ¿Cómo será la cara de Kalifornia sin maquillaje? Más vale no saberlo.

Por favor, Calibán, necesito que me diga qué es el comunismo.

En ese instante, Calibán comprende que Kalifornia no es la autora del texto sobre Demillur.

El comunismo primitivo se registra por primera vez en la ciudad de Uruk, en la Baja Mesopotamia. Se han encontrado centenares de miles de escudillas en forma de campana a lo largo y ancho de Babilonia. En esas escudillas se entregaban raciones de alimento para los constructores de templos. Son un testimonio de una economía redistributiva.

No me interesa Babilonia ni el comunismo primitivo dice Kalifornia .

Quiero saber qué es hoy el comunismo. ¿Es un peligro real para los ricos y los poderosos?

No conozco a ningún comunista de esa clase, Kalifornia. Quizá no existan. Me ha llamado por mi nombre, es decir, que me conoce. Yo la conozco a usted, porque ha salido en la televisión. Pero yo no soy un tipo popular. ¿Dónde nos hemos encontrado antes?

Kalifornia viste una blusa escotada que exhibe dos esferas palpitantes, y una minifalda ajustada, de la longitud exacta para no mostrar lo que casi todo el mundo espera ver. Su indumentaria es llamativa, pero elegante. Los brazos y las piernas emergen de ella con osadía. Se separa un poco de él antes de hablar

El viaje... Calibán no da muestras de entender . El Plymouth Savoy color verde pastel... El accidente.

El hombre comprende que Kalifornia es la mujer que viajaba en el vehículo que dio la vuelta de campana. Entonces, el otro, será Demillur... No le gusta nada la luz que ilumina este episodio, una luz enfocada hacia atrás,

destacando episodios sucesivos, una película de imágenes que le devolverá a su identidad convencional, borrada por el accidente. Ha empezado una nueva vida. La anterior es historia. Una historia que todavía no se ha enfriado. Y su especialidad es la historia antigua y congelada, la arqueología, esto lo tiene claro y le basta, no quiere saber más.

¡Oh! El comunismo consiste en la requisa de las fábricas, los bancos, los transportes y toda la propiedad privada que sirve para hacer dinero. Los ricos y los poderosos se quedan sin nada. Una casta sustituye a otra. Los nuevos gobernantes dictan instrucciones a los que nunca han tenido nada o muy poco. El pueblo sigue obedeciendo; a nuevos amos.

¿Pero los ricos se quedan sin nada?

Si el comunismo es fiel a sus principios, sí.

¿Y dice que ya no hay comunistas?

De ese tipo, no. La doctrina igualitaria sigue flotando en la atmósfera. A veces se deposita en algún lugar muy pequeñito, como la

ceniza de un incendio forestal. Pero cuando se pone a llover, se disuelve.

¿Y los terroristas?

Kalifornia se ha vuelto a poner a su lado, muy cerca, sus muslos se rozan.

Los terroristas no son comunistas. Son libros abiertos. Libros con doctrinas que pesan como el plomo en la cabeza.

El plomo de las balas que siegan la vida de los ricos.

Me parece, Kalifornia, que ya no es así. Los ricos viven muy lejos, muy seguros. No se mezclan con la gente. ¿Tanto los odia?

Me engañaron. Me arruinaron. Y yo confiaba en ellos. Quería ser uno de ellos... Da un suspiro espasmódico como el de alguien que acaba de dejar de llorar . Los quiero a todos muertos. A todos.

11

¿Es posible una deflagración inocua de toneladas de rencor? Kalifornia sabe que si un milagro o una intervención mágica la volvieran

millonaria de golpe, su ira se desintegraría. El explosivo que almacena su conciencia se evaporaría.

Una parte de ella acepta que solo desactivando su odio hallará reposo. Socavándolo con aburridos y persistentes ejercicios de meditación, librándose de él poquito a poco, como descargar un barco de carbón con una pala de playa.

Pero otra parte de ella no lo acepta. No quiere reposar. Está preparada para la competición, la desea. Ha pasado los últimos años de su todavía breve vida luchando contra la inercia. Esa inercia que ha hipnotizado a todas las chicas de su barrio, que las arrastra por el camino de la sumisión, del conformismo. Kalifornia ha consumido mucha energía para escapar de la órbita tediosa de la inercia. El conformismo le parece odioso, aunque en la peluquería seguía la corriente a las clientas y clientes ricos, que se quejaban de los compromisos y obligaciones de sus vidas vacías, y fingía que ella también añoraba la infancia y la

libertad de quienes renuncian a la ambición.

Ella no pretende otra cosa que el convencionalismo, pero un convencionalismo absoluto, insuperable. ¿Qué hay más allá del lujo? Una forma elevada de resignación, un ascetismo que le repugna. Kalifornia quería ser rica, dueña de su destino, popular, envidiada en las peluquerías, en los mercados, en las consultas de los médicos, respetada en el vecindario, temida en la profesión. Kalifornia ha sido la mujer mejor capacitada del país para el negocio cosmético. Y un rico canalla y despiadado la engañó con un falso noviazgo, la utilizó y la desplumó.

Le importa un pimiento que haya ricos de espíritu noble, cumplidores de la ley. Las obligaciones de clase les atan a todos. Si se ven en la tesitura de estafar o ser estafados, apartarán de un empujón los escrúpulos. Los quiere a todos muertos, con medio kilo de plomo en sus hermosas cabezas.

Lo dice una y otra vez en la terapia. No sale del círculo vicioso, no mejora. ¡No quiere

mejorar! Es una persona creadora, vitalista. ¿Por qué es preciso volverse una monja caritativa y sin personalidad para estar sana? ¿Es una enfermedad resistirse a renunciar? No. Entonces, ¿por qué aceptó subirse al Plymouth Savoy de color verde pastel con Calibán y Demillur? Las dudas enfurecen y desgastan a Kalifornia.

El espíritu y la materia son indistinguibles. Son lo mismo y son diferentes a la vez. Es una unidad dialéctica que se perpetúa generación tras generación. Cuando el ser humano deje de existir, esta dialéctica se interrumpirá y será sustituida por otra.

Es lo que recitaba el chófer del Plymouth Savoy, con la fluidez de quien lee un papel o una idea bien impresa en su conciencia, mientras conducía.

La religión moderna sostiene que el espíritu y la materia son dos sustancias diferentes. Las religiones interpretan que lo espiritual es lo que debe salvarse. Pero eso es una hipocresía. En realidad están convencidas

de que el espíritu es malo, que provoca el desarraigo, la angustia, la infelicidad. Aseguran que el espíritu debe separarse de la carne flaca, débil y concupiscente, liberarse de ella. Y en realidad creen que el espíritu aborrece la carne porque limita sus posibilidades de eternidad, de sabiduría, de belleza absoluta, de bondad extrema. Pero, ¿no es esto lo que buscaban Adán y Eva cuando comieron el fruto prohibido del Paraíso? ¿Quién domina la Eternidad? Dios. ¿Y quién se la disputa? El Diablo. Luego el Espíritu está a merced de esa lucha secular entre el Bien y el Mal, y es tan imbécil que se siente atraído por el Mal. La religión moderna cree saber que el espíritu (el ser humano) es demoníaco, pero lo disimula, y atribuye a la carne la naturaleza de la perversión. Habla de salvación, pero en realidad tiene la vista puesta en un pasado remoto, el de las religiones antiguas, en las que los seres humanos eran excrescencias de un Más Allá inalcanzable, juguete de dioses y de la fuerza del Sino. Un Más Allá al que sólo se puede llegar con la

desintegración del yo, con la renuncia a la materia y a sus contaminadas leyes naturales. Pero la materia en sí misma es inerte, es neutra, carece de virtudes y defectos, sólo puede medirse, clasificarse, observarse sus interrelaciones. La única forma de negar la perversión del espíritu es considerar al espíritu y a la materia como la misma cosa. El Mal y el Bien son visiones inventadas por los dominadores para mantener esclavizados a los seres humanos, para aterrorizarlos ante los misterios de la vida en lugar de permitir que los vayan resolviendo con el mismo método que emplea la Naturaleza cuando se enfrenta a los peligros y las amenazas, y avanza más allá de las catástrofes.

¿Fue por eso por lo que Kalifornia decidió subir al Plymouth verde pastel? ¿Unir su espíritu y su carne separados? ¿Por qué puede desear Kalifornia sanar, si no admite estar enferma? Ahora ya no desea ser la mejor *estéticienne* del país, ha desechado la ilusión de construir un imperio y expandirlo más allá de

las fronteras. Ahora sólo quiere perjudicar a los ricos, eliminarlos. ¿Es ésta la naturaleza de su enfermedad? ¿Es una enfermedad desear imponer la justicia en la tierra? Pero, si funcionara la magia, si de golpe se encontrara en la cima de la cosmética internacional, ¿borraría Kalifornia el rencor de su corazón, de su espíritu, de su materia?

¿Quién es Kalifornia? ¿La chica que salía en la televisión denunciando la falsedad y la codicia de su ex novio? Kalifornia reconoce que aquello era un maniquí, una marioneta manejada por la verdadera Kalifornia. Pero, ¿quién es la verdadera Kalifornia? Calibán le acaba de decir que le importa un comino saber qué demonios hacía él en el Plymouth Savoy de color verde pastel, cómo y por qué ha conocido a Kalifornia y a Demillur. Entonces Kalifornia tiene una idea. Brota de su interior más temerario, del instinto, del deseo.

¿Quieres ayudarme a descubrir quién soy, Calibán? le pregunta.

Él asiente y sonrío. Kalifornia le dirige una

mirada seca, quiere que el hombre comprenda los riesgos a los que se va a someter.

¿Y si te perjudica? ¿Y si remueve lo que tú crees sólido como el cemento?

Calibán no entiende de qué le habla Kalifornia. Solo se impregna de ella. Se desliza entre sus pechos, penetra en su escote, se hunde bajo la blusa y la minifalda, bajo la piel de melocotón de la muchacha.

Al despertar al día siguiente a su lado, Calibán no se sentirá asqueado, no se arrepentirá, no le horrorizará haber dormido con un ser anfibio que cubre su monstruosidad con maquillaje. Kalifornia, desnuda, el pelo revuelto, las cejas, los contornos de los ojos y los labios en su estado natural, le sonrío desde el otro lado de la almohada. Quizá se haya encontrado a sí misma.

Calibán se levanta y se mete en la ducha. Al salir, se seca ante un espejo empañado. Poco a poco se disipa el vaho. Entonces descubre lo que no deseaba conocer, que es un tipo delgaducho, con barba y pelo grisáceos, bolsas

bajo los ojos a ambos lados de una nariz fina y aguileña, y que aparenta medio siglo. Con pesar reconoce que ese día cumple cincuenta años. De eso hablaba Kalifornia.

12

Ha pasado el tiempo. Ha quedado atrás el solsticio de verano. Los días empiezan a acortarse, al principio muy despacio, luego con premura. Pero todavía hace calor, todavía los cuerpos van al descubierto, joviales, despreocupados.

Calibán no ha vuelto a acostarse con Kalifornia. Mantienen una relación amistosa: él cree comprenderla y ella cree comprenderle a él, pero no traspasan el límite de la intimidad. La armonía en “La Edad de Oro” parece basarse en no irrumpir en la intimidad ajena. La única regla es llevarse bien. Todo lo demás se da por aceptado gracias a la buena educación de los alberguistas, que suelen respetar las reglas de un modo espontáneo, natural.

En la ciudad de “La Edad de Oro” nunca

pasa nada, nada desestabilizador, nada que no pueda ser desactivado a tiempo y sin consecuencias. No pasa nada en el sector urbano donde la prosperidad es un valor manifiesto, publicitado, ni en aquel otro sector desportillado en el que se vive con modestia, separados por el río caudaloso y sereno, y unidos por un sólido puente de piedra con viejos santos y vírgenes en las pilastras.

El trabajo de Pretorius es fácil y cómodo: vigilar la seguridad y el orden donde a nadie se le ocurre violar la propiedad o montar un escándalo. Los mayores desarreglos públicos y privados son del tipo de la mujer que proclamaba el fin de los días, la mañana en que Calibán se dirigía al albergue. Las mayores polémicas son diálogos del tipo que mantuvieron Calibán y Pretorius sobre la competitividad y la ambición, sinceros, auténticos.

Calibán y Pretorius han paseado juntos por las calles del barrio de los Cantamañanas. Pretorius le ha hablado de un fenómeno digno

de presenciarse. Las declaraciones públicas. En la calle principal se practica la libertad de expresión vocal, desde las ventanas. Cualquiera puede asomarse y decir lo que le venga en gana; los transeúntes que pasan pueden escucharle durante diez minutos, no más, al cabo de los cuales la ventana se cierra y el orador desaparece. Es como una especie de guiñol.

Para alcanzar la avenida principal del barrio de los Cantamañanas hay que cruzar antes bocacalles estrechas. Pasan ante el jardín vacío de una escuela de preescolar, con un dinosaurio de hormigón, toboganes y columpios, troncos de árboles retorcidos sobre balsas de arena para el entretenimiento de los pequeños antropoides. También dejan atrás una galería de arte que anuncia en dos carteles una exposición de fotografías y otra de ciertas pinturas hiperrealistas de centauros en una playa desierta, gris, con dunas elegantes, nórdicas. A Calibán le parece ver el nombre Demillur en el segundo de los carteles.

Pretorius, el día que llegué al albergue,

presenció un escándalo en este barrio. Una mujer se asomó a una ventana en estado de histeria y proclamó el fin del mundo. Llegaron la policía y los bomberos y la retiraron de la ventana. ¿Eso forma parte del guiñol del que me habla?

Quizá cuando ella empezó su discurso, sí. Todos creerían que era una declaración pública. ¿A qué hora fue?

Sobre las dos, más o menos.

No era una declaración. Las declaraciones públicas están autorizadas a partir de las cuatro y hasta las siete.

Decían que había atado a un niño a una silla.

Eso es más que un escándalo. Eso es una barbaridad. La intervención fue forzosa.

Al desembocar en la avenida principal descubren que la recorre una ancha zanja en la que trabajan unos operarios del gas o del agua. Los transeúntes tienen que hacer equilibrios, a veces pegados a la fachada de los vetustos edificios, a veces saltando por improvisados

puentes de madera para entrar a las panaderías-caféterías, a las tiendas de ropa y discos de segunda mano, a las peluquerías donde también hacen manicura y tatuajes. Los escaparates de estos comercios son anchas ventanas que publicitan sus productos con austeridad. En relación con los escaparates de la ciudad próspera, se diría que es una publicidad ingenua, que desconoce la exageración y la fantasía.

Son las seis de la tarde. El cielo empieza a nublarse y amenaza lluvia. De súbito, el tableteo de las perforadoras, el gruñido de las hormigoneras, los martillazos, los estampidos de las tachonadoras, todo el barullo mecánico se detiene. Ha acabado la jornada laboral. Es tiempo de discursos, que hoy se prolongarán, según informan a la pareja de amigos, hasta las ocho, como todos los días que dura la obra.

Se oye una voz masculina a lo lejos. Calibán y Pretorius aceleran el paso y están apunto de caerse en la zanja al cruzar uno de los puentecitos de madera. Llegan a tiempo de

escuchar el final del discurso, que pronuncia un hombre de unos cuarenta años, con cejas pobladas de una pelambreira rubia.

Atrás quedan los cuerpos, las cabezas hieráticas, el tiempo de los mitos atrapados en el plano. Sólo está la memoria del buscador insomne, la imagen del danzante que abrasa la retina, la mano, la mirada inquietante, el sexo de los ángeles. Allí quedó expectante la muda silueta del héroe primigenio, el tótem de la raza, la reflexión de un punto, la mórbida figura que corre entre unicornios. Atrás quedó también el lobo en la ciudad, el diablo adolescente, la dura anatomía del cráneo y de la escuadra; y más lejos aún, la figura entre planos cortantes como el hielo, la ciudad transparente, el lugar imposible del hermafrodita euclidiano. Y en el remoto origen, los informes vivientes que reptan o que flotan anclados en sus sombras.

La cabezota retrocede, desaparece en el interior y los postigos de la ventana de cierran. Calibán se pregunta si debe aplaudir, y espera la reacción de algún transeúnte o de Pretorius.

Nada ocurre. Se escucha otra voz, ahora femenina, joven, cantarina. Procede de una cabeza asomada ocho o diez ventanas más allá de la primera, una muchacha de pelo negro muy lacio y ojos glaucos. Al hablar, sonrío.

Los seres humanos somos más que individuos. Encerrados en nuestros cuerpos y en nuestros pensamientos y sensaciones, estamos continuamente fuera de nosotros mismos porque nos relacionamos con seres de nuestra especie, con otros animales no racionales y con la naturaleza. Pretender la soledad, el aislamiento y la inactividad es un gesto inútil, a no ser que se asuman las consecuencias de este propósito: valernos exclusivamente de nosotros mismos o depender por completo de la generosidad de los demás. En el primer caso, se trataría de un héroe, un santo. En el segundo, el peligro es llegar a ser un parásito egoísta.

La muchacha se queda mirando a Calibán, que ha ido acercándose despacito por la acera. El hombre escucha, “¿Eres tú un santo o un

parásito egoísta?”. Pero no lo han pronunciado los labios de la mujer, aunque de su cabeza ha salido la pregunta. “No lo sé”, contesta Calibán en silencio, “¿Importa mucho?” La chica le guiña un ojo, se retira de la ventana y la cierra.

Ahora el discurso viene del otro extremo de la calle, en un tramo sin obras. No se distinguen las palabras. A medida que los dos amigos se aproximan, escuchan fragmentos del discurso. Enseguida, frases enteras.

...emigración africana... fenómeno inapreciable y que... no tener importancia, pero sí la tiene. Desde... la vemos como una... cabecitas. Emigrantes suel... que se cuelan... Europa. Pensamos que... un magrebí, de un negro, de mil. Pero ignoramos la fuerza tremenda que... detrás de ellos. Una fuerza que impulsa a esa cantidad inapreciable de personas. Una fuerza prodigiosa, brutal, la de la pobreza, la inestabilidad, los crímenes, las injusticias, el sueño del Paraíso, que es algo más que un sueño, porque cuando a un negro le expulsan, se vuelve a meter en una patera y se

vuelve a jugar la vida. ¿No significa esto que le impulsa una energía tremebunda? Jugarse la vida una y otra vez a cambio de vivir como el último mono en Occidente. Los negros son como cabezas de diamante en la punta de una broca movida por un motor de millones de ergios.

Pretorius dice a Calibán que si quiere continuar escuchando discursos puede quedarse, pero que él tiene una cita y debe abandonarle. Se despide y se va.

Se apodera de Calibán un pánico antiguo y temible, algo que hasta ahora ha conseguido evadir, que forma parte de su otra vida, antes de que volviera a nacer tras el accidente. Toma una bocanada de aire, se concentra en una ventana abierta, y se pone a temblar.

13

En ese punto, en el marco de la ventana aparece una mujer. Es la muchacha de pechos lactantes y tirabuzones rubios. La sorpresa desactiva el pánico de Calibán. ¿Va a emitir un

discurso?

No. Le hace señas para que se acerque. Desde la acera, dos pisos más abajo, Calibán la mira con agradecimiento.

¿Tiene usted tiempo para tomarse una cerveza? pregunta a la chica . Me gustaría invitarla.

Ella le hace un gesto de espera con la mano y se oculta. Tarda un par de minutos en reaparecer, esta vez en el portal de vieja madera barnizada centenares de veces, agrietada, pero sólida.

Acabo de dar de mamar a Delvaux. Se queda con su padre esta noche. Le he dejado varios frascos de leche fresquita en la nevera . Al decirlo se señala sus pechos voluminosos.

Viste el mismo chaleco que llevaba en el bazar, pero ahora se diría que usa sujetador. Las piernas están cubiertas por una larga falda de volantes multicolores, que roza el suelo.

Mi nombre es Calibán dice éste, tendiéndole la mano.

La mujer la toma y la lleva hasta su mejilla.

Yo soy Christiana. No puedo tomar alcohol, porque soy lactante, pero te puedo invitar a zumos, a tés o a pastel de ciruela. O a todo junto.

Mueve la cabeza al reír, y Calibán aleja la mano de su mejilla.

Ven a mi casa. Está cerca del bazar. Delvaux tiene muchas cosas que contarte.

Le da un empujoncito, y echan a andar.

¿Conoce usted al pintor Demillur?
pregunta la muchacha.

Sí. Creo que vive en “La Edad de Oro”, aunque hace tiempo que no le veo.

Está trabajando. No para de pintar. ¿Quiere que pasemos a ver algunos de sus cuadros?

¿Están en una galería que hay frente a una escuela infantil?

Sí dice la muchacha dando una palmada de alegría . ¿Ya ha estado?

Calibán le explica que acaba de pasar por delante, sin entrar.

Llegan a la bocacalle sombría. Clavado en la

fachada del edificio, sobre el escaparate de la galería, hay un farolillo encendido. Al llegar, descubren que la galería ha cerrado. Calibán se fija con atención en el cartel de las pinturas de Demillur. Muestra una fotografía de uno de los cuadros. Se trata de dos centauros, uno hembra, el otro macho, rodeados de un grupo de seres que pueden ser humanos o mitológicos, porque sus piernas son velludas, aunque el tamaño de la ilustración no permite distinguir si tienen pies o pezuñas.

Sin apresurarse, se encaminan hacia la casa de Christiana. Hablan de arqueología, de civilizaciones desaparecidas, de la Arcadia. De pronto, rompe a llover. Christiana toma de la mano a Calibán y dirige la carrera.

Llegan a la esquina del bazar, y entran en la calle que conduce a la escalinata por la que se sube al jardín del castillo. Christiana se detiene ante un portal, saca una llave de una bolsa colgada de una larga cinta, y abre una puerta. Suben cuatro pisos por unos pinos escalones de madera desgastada, limpios, casi relucientes.

Entran en el apartamento. Christiana se descalza y Calibán la imita. La muchacha desaparece en el cuarto de baño, y vuelve a salir de inmediato con una toalla que entrega al hombre para que se seque la cara y el pelo calado de lluvia. La vivienda tiene un solo cuarto, muy amplio, con un altillo construido sobre columnas de madera, donde está el dormitorio con la cama. El techo es alto, con la forma del tejado a dos aguas, las rojizas gorras cuarteras que veía desde el castillo. Algo sorprende a Calibán: la cama elevada está rodeada por una jaula que llega hasta el techo. Un mostrador separa el salón de la cocina. Los muebles son antiguos, de madera maciza, pintada de colores puros, una decoración fauvista: una cómoda, una chimenea con testero, tapices con matas de hebras sueltas y anudadas, una mesa pequeña de comedor y varios sofás de cuero.

Voy a quitarme esta ropa.

La falda es de lino y está pegada a sus piernas. Busca en un armario, saca un gran

pijama de verano de dos piezas, y se lo entrega a Calibán

Christiana entra en el cuarto de baño. Calibán se desprende de la ropa mojada y se pone el pijama, que le viene un poco grande.

Si tienes calor, puedes abrir la ventana escucha a la mujer, que alza un poco la voz para sobreponerse a un grifo abierto en el cuarto de baño.

Calibán mira hacia la pared donde se encuentran dos ventanas inferiores y otra, más pequeña, a la altura de la alcoba enjaulada. Se acerca a una de las bajas, y manipula el pomo para que se abra por arriba. Al otro lado de la calle, contempla una húmeda fila de terrazas con muebles de verano, sombrillas y tendederos vacíos. Al retirarse de la pared mira hacia la cama y ve el ventanuco. En el alféizar hay un hermoso barquito de vela.

¿Te gusta? escucha la voz de Christiana a su espalda.

Al volverse la ve con una camisa azul, que le llega hasta medio muslo, ilustrada por un

disco rojo y otro negro secantes. Las piernas de la muchacha están llenas de un suave pero denso vello rubio.

Estoy posando para los cuadros de centauros de Demillur. Dice que soy una sirena o una diosecilla marina. Todos sus personajes son peludos... Como yo añade después de mirar fugazmente las piernas de Calibán, que parecen depiladas por la escasez de vello.

Calibán no quiere que Christiana se sienta menospreciada, y no duda en acercarse a ella y acariciarle los muslos. Procura no hacerlo a contrapelo, y le sorprende la extraña suavidad de aquel tacto. Con un movimiento casi imperceptible, la muchacha se desprende de la camisa, que llevaba desabrochada, y desnuda a Calibán con habilidad de maga. El hombre clava sus ojos en el triángulo del pubis, que destaca entre sus muslos velludos, como una dorada decoración floral en un jardín. Christiana le insta a que trepe por la escalera delante de ella, y se tienden ambos en la cama enjaulada. Calibán se entregará con alegría infantil a un

juego insólito: frotar manos y cara en las piernas aterciopeladas de Christiana.

14

Demillur presenta a Calibán a la Mujer Bombero a la puerta de la iglesia de Santa Isabel. Le ha contado que ella acude allí a meditar, antes y después de su turno laboral.

Calibán ha buscado a Demillur durante varios días, en “La Edad de Oro” y en la galería. Allí le han dado la dirección del estudio donde pinta. Le ha encontrado después de varias visitas. Cuando por fin aparece su rostro barbudo y receloso tras una puerta entornada, Calibán tiene un ataque de pánico. ¿Qué pasará si encuentra en el estudio a Christiana, posando desnuda para Demillur? El pintor está solo, y esto aplaza el dolor de Calibán, que se desencadenará como una tempestad si descubre que la muchacha velluda es amante del artista.

El estudio está en un edificio moderno de la ciudad próspera. Es una buhardilla inmensa sin tabiques, con las ventanas hacia el norte. Allí

tiene Demillur una colección de centauros todavía no expuesta.

Un lienzo muestra un centauro varón encabritado frente a tres mujeres peludas que sujetan unas cuerdas atadas al torso del hombre-caballo; muy al fondo, tres centauros machos observan la escena cruzados de brazos. En otro lienzo aparece el mismo centauro aseándose los brazos con una pastilla de jabón, mientras que tres mujeres peludas le limpian las patas y el vientre con cepillos, y una cuarta, Christiana con sus tirabuzones recogidos, trenza las crines de su cola. El escenario de ambos cuadros es una playa septentrional a mediodía. La luz es intensa, pero difuminada por la latitud. El cielo es una banda azul uniforme; el mar, una línea estrecha entre el cielo y la arena de la playa. Ésta es del mismo tono que la piel de las mujeres, un poquito más oscura. Un tercer cuadro muestra tres centauros hembras, ninguna de las cuales es Christiana, en actitud de juzgar a un hombre de espaldas al observador, que oculta tras él una zanahoria.

Las centauras miran con desdén o desconfianza al hombre peludo (piernas, brazos, nalgas y torso posterior). La escena se desarrolla en la orilla de un mar verdusco, sobre un cielo vespertino en el que empiezan a cuajar las estrellas.

En el estudio hay también bocetos, dibujos de plantas o raíces de un gran virtuosismo que recuerdan la mano de Durero, algunos paisajes urbanos con edificios monumentales de la ciudad próspera y la fachada de “La Edad de Oro”. Todos ellos poseen un elaborado anacronismo semejante al que los pintores románticos emplearon para representar la Edad Media. Por último, un lienzo preñado de misterio: una suerte de dinosaurio azulado de cuello larguísimo, con una brida en la cabeza, echado en una playa iluminada por la fuerte luz del amanecer procedente del espectador. Tiene una cola tan larga como el cuello, pero con una sucesión de anillos amarillos, negros y verdes que hacen pensar en una serpiente adosada al cuerpo del monstruo. Sobre su lomo

formidable, una liviana silla de montar. Y ante el cuerpote, tapando vientre y patas, una mujer desnuda duerme con la cabeza apoyada en un revoltijo cromático de vestidos. El título del cuadro es “Christiana”; el rostro de la mujer dormida es el de la muchacha lactante, aunque no su pelo, que aquí es liso y moreno.

¿Es Christiana también amante de Demillur? De nuevo se forma la tormenta sobre su frágil cabeza.

Calibán ha dormido varias veces en la alcoba enjaulada de Christiana, y varias veces más la ha visitado durante el día intentando retozar con ella. No lo ha conseguido siempre, porque las obligaciones de madre con Delvaux lo han estorbado. Delvaux no ha hablado nunca, se ha limitado a mirar con curiosidad a Calibán, con la carita pegada al pecho de su madre. Calibán ha sentido envidia de él, y no porque desee probar la leche de los pezones de Christiana, eso ya lo ha hecho. Calibán desea transmutarse en Delvaux sin dejar de ser Calibán, que Christiana le ame con las dosis de

afecto que dispensa a su hijo, pero sin llegar nunca a suplantar a Delvaux. No busca compartir nada con nadie, sino ser sólo considerado *como si fuera* el hijo de Christiana, ser amado no con la misma calidad, sino con la misma cantidad de afecto, poseer el amor incondicional de Christiana.

Nunca han hablado Calibán y Christiana del amor. Él porque no se atreve, tiene miedo. Ella lo ha evitado con la misma habilidad de maga con que le desnudó al pie de la escalera que ascendía a su cama. Siempre hablan de historia, de arqueología, de música, de filosofía, de religión.

El descubrimiento del cuadro del dragón cuellilargo vigilando el sueño de Christiana es manifiesto indicio para dudar del afecto incondicional de la mujer hacia él. La condición consiste en que Calibán sea el único depositario del amor que le sobra a Christiana después de amar a Delvaux. ¿Ama Christiana también a Demillur? ¿Ama a todo el mundo Christiana? ¿Se acuesta con todo el mundo? La

desesperación de Calibán es tanta, sus dudas tan insoportables, que está a punto de preguntar a Demillur si se ha acostado con su modelo. Se contiene, seguro de que si dice que sí, y es lo más probable, broten de su interior malos sentimientos, celos, decepción, cosas que nadie espera ni nadie convoca, y vuelva a sentirse como antes, cuando era esa persona que el accidente debería haber matado para permitir el nacimiento del nuevo Calibán. ¡Qué poco se distingue el nuevo Calibán del antiguo!

Ha sido entonces cuando Demillur le ha dicho que quiere presentarle a la Mujer Bombero. Han salido a la calle, han caminado hasta la iglesia de Santa Isabel, y se han parado en la puerta a esperar. La iglesia es el único edificio neoclásico de la ciudad, una rareza, quizá una provocación católica al predominio protestante. Tiene una sola cúpula de estilo Vaticano, y una corta nave en la que sin duda se halla el altar.

Me gustaría que conocieras mi obra. Mi obra anterior especifica Demillur al impaciente Calibán . Yo empecé pintando cuadros históricos para un mecenas. Colocaba a su familia en escenas de la historia de la humanidad escogidas por él: Adán y Eva conversando entre mansos animales salvajes, Gilgamesh humillando a la sacerdotisa de la diosa Inanna, Noe con sus hijos en el Arca recogiendo la rama de olivo del pico de la paloma, Alejandro apaciguando el motín de sus soldados en la India, Constantino en el Concilio de Nicea, Roldán malherido en Roncesvalles, Guillermo el Bastardo de Normandía derrotando a Harold el Sajón en la batalla de Hastings. Yo he dominado siempre la figura, soy un maestro de la forma, y estos cuadros me sirvieron para dominar también grandes escenarios. Cuando me cansé del mecenas, él me liberó del compromiso de representar a su familia a lo largo de la historia. Encontré trabajo de muralista. También recreaba escenas

grandiosas, la Torre de Babel, el poblamiento de América 30.000 años antes de Cristo, la campaña de César en Galia, la Guerra de los 30 años en Europa, cosas así. También me cansé. Era un trabajo agotador, a pesar del ejército de ayudantes del que disponía. Tenía casi cuarenta años. Sufrí una crisis. Me repuse pintando atrocidades. Estaba dolido. Me dolía la falta de reconocimiento público. El mecenas no exhibía mis obras. Los murales se presentaron como una obra colectiva. Yo era un desconocido. ¡Pero era un creador! ¡Había trabajado como un cabrón! ¡Me había estrujado la imaginación hasta dejarla seca! Y no recibía ninguna compensación, salvo la cremalística. Vale, eran sueldos altos, pero a cambio de ellos perdía mi obra, incluso tenía que renunciar a la firma. Fue entonces cuando me puse a pintar monstruosidades. Las galerías se negaron a exhibirlas. Me arruiné. Dormía mal. Soñaba con niños indígenas colgados de ganchos en un camión frigorífico camino del Norte, donde millonarios voraces compraban sus cuerpos para

cocinarlos y comérselos. Soñaba con fantasmas atrapados por redes de acero que se movían por desiertos y cordilleras destruyendo lo que tocaban. Soñaba con hombres y mujeres ahogándose en el mar, observados con indiferencia y frialdad por una flotilla de torpederos. Eso era lo que pintaba, sin concesiones al realismo ni a la figuración, amontonando material, dispersando brochazos, tiñendo de negro el horizonte. Me decían que si representaba aquellas pesadillas con fidelidad fotográfica, las exhibirían. Me negué, porque me parecía canalla reproducir una realidad insoportable, eso era desactivarla, reducirla a una anécdota estética.

Demillur detiene su discurso porque la puerta del templo se ha abierto. Sale un sacristán con ropa talar negra y cuello rojo. Tras él aparece una mujer con un uniforme sólido e impecable. La Mujer Bombero. Es media tarde, y en este caso la Mujer Bombero se dirige a su trabajo porque tiene turno de noche y madrugada. Intercambia unas palabras con los

hombres que la esperan y se marcha. Calibán reconoce en su rostro a una de las centauros. Cuando la Mujer Bombero se aleja, cae en la cuenta de que ella es uno de los bomberos que le atendieron en el accidente, el de mejillas aterciopeladas, que apareció luego para resolver el escándalo de la mujer histórica en el barrio de los Cantamañanas.

Tras unos pasos, la mujer se vuelve y le da a Calibán su dirección. Le dice que le espera al día siguiente a cenar.

Vamos a la cripta propone Demillur.

La vasta cúpula está sostenida por grandes columnas de mármol rojizo vetado. No tiene crucero. En la base de la cúpula, como si fueran sus soportes, se hallan los doce apóstoles, de tres en tres, en actitudes más terribles que solemnes, como si conocieran los detalles del destino de la humanidad, y éste fuera exactamente lo que ha sido a lo largo de los tiempos, una sucesión de calamidades, algo que les pesa tanto como la cúpula de piedra de la iglesia neoclásica de Santa Isabel.

Calibán y Demillur observan todo esto desde un estrecho atrio. A la izquierda se abre un foso, con la escalera que conduce a la cripta. Viene a ser una húmeda celda cuadrada de cinco por cinco metros, con un sepulcro anterior al estilo del edificio. Allí se recoge la Mujer Bombero para meditar, indica Demillur. ¿Qué es meditar? se pregunta Calibán. Quiere dar a conocer su duda a Demillur, pero éste empieza otra vez a hablar de él mismo. En realidad lee de un catálogo que ha extraído de una cartera de cuero viejo.

Demillur establece conversaciones con las figuras, las formas, los colores, la materia... El gran enemigo de Demillur es la obligación ineludible, porque jamás puede satisfacerse, y el gran daño llega cuando alguien se convierte en juez de sus actuaciones, en autoridad inflexible, hermética, granítica, inabordable, incorruptible. La experiencia le dice que esto es una invención suya, pero no puede escapar de ella. Demillur construye sus dioses míticos en este molde perverso.

Hace una pausa, guarda el catálogo.

¡No eran dioses ni mitos! ¡Era la maldita realidad! exclama el artista . Lo escribió un amigo mío pensando que me hacía justicia. ¡Nadie leyó este catálogo! Pocos acudieron a la exposición. Fue un fracaso. ¡Un fracaso! Escucha lo que te digo. Existen dos clases de artistas: el que tiene tratos comerciales con la sociedad, y el que se distancia y no se contamina con los pobladores del planeta Arte. Yo no era ni de una clase ni de la otra. Yo buscaba el éxito, el justo reconocimiento de mis méritos, la marcha triunfal en los medios de comunicación, en los suplementos de artes y letras. Pero el fracaso me mantenía encerrado en el estudio, el único sitio donde podía sentirme artista. En cuanto salía de allí, me convertía en un desconocido, un monstruo más al que asediaban pesadillas insoportablemente reales.

Hace una pausa y mira a su alrededor con ansiedad. Enseguida se calma.

Después del accidente del Plymouth, al

salir del hospital me dirigí como tú y como Kalifornia a la ciudad. Esto fue lo que me ocurrió camino de “La Edad de oro”. Andaba por la acera de una calle de la Ciudad Próspera. Miraba hacia los tejados porque no soportaba la visión de esos transeúntes tan aseados, tan de anuncio. Entonces descubrí a un hombre mayor que me hacía señas. Entrecerré los ojos, tengo buena vista telescópica, soy profesional del muralismo, y al descubrir que no conocía a aquel hombre, bajé la cabeza y seguí mi camino. De pronto escuché un golpe sordo a mi espalda, como un saco que se desploma. Me volví y vi un cuerpo desparramado sobre la acera como si fuera un guiñapo sin articulaciones. Era el tipo que me había saludado hacía un instante. Se había roto la cara, y parecía que se reía de mí, con la mandíbula dislocada.

Demillur relata que se encontró solo en la calle, algo incomprensible, porque hasta que cayó aquel hombre de la ventana, las aceras estaban transitadas, incluso pasaba un tranvía. Pero de súbito, todo el mundo parecía haberse

esfumado, como si el golpe sordo del cuerpo hubiera encendido un mecanismo que se hubiera tragado a los transeúntes y al mismo tranvía.

Él se quedó allí, velando al suicida desternillado, hasta que apareció un coche de bomberos. Antes de recoger el cadáver (no vio a ningún juez autorizar el alzamiento) se reunieron unos pocos bomberos entorno a él y rezaron un responso. Fue entonces cuando Demillur conoció a la Mujer Bombero. Le llevó a su casa, le alojó en ella, le buscó un estudio y le procuró la exposición en la galería del barrio de los Cantamañanas. Le explicó que meditar cada día dos veces en la cripta de Santa Isabel le resultaba imprescindible, incluso los fines de semana o cuando tenía vacaciones.

¿Tiene las piernas peludas? le cortó Calibán.

¿Cómo?

Que si tiene vello en los muslos y en las pantorrillas.

¡Cómo puedo saberlo!

Es una de las centauras.

Le hice un retrato y utilicé su rostro, pero jamás se ha desnudado delante de mí.

¿Y las otras centauras?

Son pensionadas de “La Edad de Oro”. Y esa especie de milicianas que aparecen por allí de vez en cuando. Son muy simpáticas. Les gusta lo que hago.

Lo que haces no se parece nada a lo que cuentas que hacías.

Antes pintaba aberraciones, el mundo de mis sueños. Pero ya no tengo pesadillas. Lo que veo cuando duermo son esos paisajes arcádicos, playas desiertas con centauros y centauras vagando en libertad, sin obligaciones ni horarios. Antes, el mundo real traspasaba como un cuchillo mi conciencia.

Pero, ¿por qué no pintas los hombres y mujeres que ves en la ciudad?

Lo hago. Pero los veo centauros. Están dentro de mí, deseando salir. Conducen mi mano, incluso en las madrugadas. Estas últimas semanas he trabajado como no lo hacía desde

años. No me cansaba. Una fuerza misteriosa me mantiene despierto, en compañía de centauros. Es como si yo solo tuviera que traspasar un línea, pasara a esa playa fantasmagórica, les hiciera una señal, y saltaran conmigo al otro lado de la línea y se situaran en el lienzo. Es milagroso.

¿Y Christiana?

Christiana es el enigma número uno. Es la que conjura a los centauros.

¿Pasas mucho tiempo con ella?

Lo imprescindible. Un rato con ella me llena de ella. Solo necesitas un sorbo para saciarte.

Calibán piensa que Demillur le engaña, porque él cada día necesita más a Christiana, y no se sacia de ella ni al cabo de una noche de continuo amor en la jaula sobre palafitos.

¿Por qué me ha invitado tu amiga a cenar mañana?

Hace una fiesta. Es la última luna llena del verano. Habrá baile hasta la madrugada.

16

De regreso a “La Edad de Oro”, Calibán piensa que lleva varias semanas ocioso, laboralmente inactivo, mientras que Demillur ha estado trabajando como un negro. No le escuece la conciencia por ello. Es solo una observación desapasionada. Serenidad, algo nuevo. El lastre plúmbeo de la ansiedad se ha ido disolviendo desde el accidente. Ha vuelto a nacer.

Este es su horario. Se levanta después de dormir excepcionalmente de un tirón, ejercita yoga en el gimnasio, desayuna, lee o pasea por la orilla del río, conversa con desconocidos, regresa para el almuerzo, sube a la habitación, se tiende en su lecho con la cara mirando hacia la mesilla en la que descansa su reloj de pulsera, y sigue el giro de la manecilla de los segundos hasta quedar dormido, va a buscar a Christiana (no todas las tardes), goza con ella (tampoco cada día o cada noche). O va a buscar a Pretorius a la oficina, hace una excursión urbana con él, hablan de filosofía existencial,

regresan al albergue, asisten a una sesión de cine, a un recital poético-musical, y se va a dormir.

Algunas veces le ha tocado a Calibán cocina o policía doméstica. También ha intervenido en veladas sapienciales, con pequeñas charlas sobre los últimos descubrimientos arqueológicos en Lefkandi, un rico yacimiento en la Isla de Eubea, entre Calcis y Eretria. En una gran nave de cuarenta y cinco metros de largo por diez de ancho, con paredes de arcilla y base de piedra se han encontrado testimonios que desmienten el tópico de una Edad Oscura en la Grecia Arcaica.

Le habría gustado que Christiana asistiera a su charla, que encontrara un motivo de apreciarle. Sí ha visto a Kalifornia sentada en una silla. No parecía escuchar con interés, pero no ha llegado a dormirse, como algunos alberguistas.

¿Trabaja Kalifornia en un salón de belleza de la Ciudad Próspera? Se propone preguntárselo si la ve esa noche. En su

conciencia libre de pesares y de culpas emerge el cuerpo largo y blanco de Kalifornia, sin una pizca de vello en la piel, desmaquillándose en el cuarto de baño de la habitación en la que durmió con ella. ¿Qué podría hacer para repetir? ¿Proponérselo con el argumento de que le ayude a descubrir quién es Calibán?

¿Quién es Calibán? En su cabeza se suceden, como papeles escupidos por una impresora, fragmentos de su currículum. Cree haber sido poeta itinerante (su vocación), y cronista no oficial de una polis, atrás en el tiempo, en su juventud, en su infancia. ¿Ecos y sensaciones de relatos leídos o escuchados?

Fue director de arqueología en un departamento universitario dedicado a la Grecia Arcaica. Un avispero de intereses. Era una mezcla entre hombre de acción y funcionario astuto.

Se casó. Tuvo dos hijos. La familia fue para él un planeta de masa descomunal, manteniendo en órbita los satélites que ella misma producía. La familia, piensa, crea

especímenes sanos, y los deja enfermar entregándolos a la religión, la ideología o las más variadas y falsas terapias domésticas: el reproche, el odio, el silencio, la brutalidad.

El mejor año de su existencia fue el primero de su vida laboral, soltero, arqueólogo de un pequeño museo provincial. Allí descubrió todo lo que le esperaba si quería llegar a ser un hombre de provecho. Pero fue incapaz de ordenar toda esa información en su cabeza, afectada por el descreimiento hacia las advertencias de su padre y de otros familiares, profesores y curas, y luego enfermo de un virus ideológico entonces en boga, que sostenía que el mundo tenía remedio y estaba al alcance de la mano.

Tras el fracaso evidente de aquella fantasía y de su matrimonio, Calibán se dedicó a buscar la paz en chiringuitos alternativos, después de haberla buscado en personas, con poco éxito. Cada vez que oía hablar de un nuevo chiringuito, brotaba en su ánimo una ilusión efímera como las ascuas. Se convencía de que

era el lugar donde la paz le estaba esperando. Pero al llegar a la puerta, se disipaba su fe de golpe, y se daba media vuelta o entraba abatido. Otras veces las ascuas ardían más rato, cuando el espacio era hermoso o poseía algo que le calmaba y seducía. Pero la desilusión no tardaba en descolgarse de su nido envenenado, al descubrir que no había nada ni nadie excepcional, en sintonía con una realidad soñada, que detrás de una bella apariencia solo había comercio vulgar.

Fue al llegar a aquella ciudad desconocida, tras el accidente del Plymouth Savoy, cuando el caos emotivo se interrumpió, el insomnio cedió al sueño, el pesar y la culpa se esfumaron. Ahora se relaciona con todo tipo de personas sin sentir la menor decepción. Ha conocido a Kalifornia, a Christiana, y también a la Mujer Bombero.

Cena en el albergue, precisamente con Kalifornia, que le recibe con afecto. Pero esto no enciende ni eleva a Calibán. Una señal de alarma se ha disparado en algún rincón de su

cabeza. Sabe que no dormiré esa noche con ella, ni siquiera proponiéndoselo.

En efecto. Kalifornia responde a su pregunta sobre aquello en que se ocupa. Está aprendiendo lenguas muertas con una mujer sabia. Es una antigua tipógrafa de costumbres insólitas: fuma puros y practica su oficio con la regularidad de una pianista en una espléndida y engrasada linotipia que extrae las líneas de plomo con su larga percha y las coloca en galeradas hirviente. Se llama Kola Ring, y habla siete lenguas muertas y doce vivas, igual que un loro, como si le hubieran dado cuerda, dice la peluquera. Al terminar la cena regresará a casa de Kola Ring, donde quizá pase la noche. Al día siguiente asistirá a la fiesta de la Última Luna Llena del Verano. ¿También Calibán?

17

Pretorius parece estar esperándole en el salón de estar de moqueta demasiado usada. Calibán le pregunta si está casado.

¿Quieres saber cómo satisfago mi

sexualidad? replica su compañero de cuarto.

Me lo imagino. Aquí es fácil. Sólo me pregunto si has estado casado. No conozco ningún matrimonio en esta ciudad.

Tampoco conoces a ningún viejo, vieja o persona lisiada. ¿Verdad?

Calibán cae en la cuenta de que es cierto. El tipo de más edad que ha visto por allí es él mismo.

¿No hay?

Supongo que sí.

¿Y dónde están? ¿Escondidos?

No lo sé. Pero si te quedas aquí más tiempo, no tardarás en averiguarlo.

No sé el tiempo que me quedaré aquí. Nadie me ha preguntado. ¿Estás seguro de que hay viejos?

No estoy seguro de nada. Solo de que vivimos al día. Nos lo podemos permitir. Nada nos falta. Ni siquiera sexo.

¿Y no te has preguntado nunca por qué? ¿Quién lo proporciona todo? ¿Quién gobierna?

¿Serviría de algo? Mi amigo el periodista

sostiene que la realidad que percibimos es obra de nuestros sentidos y de nuestras emociones. Esta es una realidad amable, favorable, sin problemas. Hacernos preguntas no mejorará nada. Pueden hacerse preguntas desde las ventanas del barrio de los Cantamañanas, pero tienes que cerrar los postigos enseguida, y no te da tiempo a escuchar la respuesta.

Pero nadie responde, no hay diálogo.

¡Verdad que sí! Es posible que dentro de esas casas no haya nadie, que sea una fachada, que se te permita ir por detrás, abrir una ventana y hacer una pregunta o largar un discurso. Luego, te quedas más tranquilo.

Yo he visto salir de una de esas casas a una mujer, Christiana. Decía que su marido vivía allí, le había dejado a su hijo aquella noche. Es posible que los matrimonios no estén juntos, que vivan separados. ¿Por qué?

Quizá solo porque es mejor.

Entonces, ¿tú nunca has estado casado?
¿No tienes familia?

Sí.

Pero, ¿y si alguien está imponiendo esta realidad? ¿Y si están haciéndonos creer que ...?

Calibán detiene su lengua, porque comprende que su discurso acabará en un callejón si salida. Si alguien ha encerrado a los habitantes de aquella ciudad en una fingida Arcadia, lo ha hecho por algún motivo interesado. Mantener este motivo oculto implica una razón añadida. Es un misterio circular, a primera vista impenetrable.

Tengo un buen trabajo. Me pagan bien. No me falta nada. No tengo ni idea de por qué las cosas son así. Solo sé que son.

¿Y si somos prisioneros?

Es una cárcel deliciosa se sonríe Pretorius.

Me gustaría saber si hay viejos y dónde están...

Te comprendo.

Aquella noche Calibán no duerme tan bien como acostumbra desde que llegó. La duda que le ha asaltado de repente durante el día, en la conversación con Pretorius, es la causa

evidente. Si sigue haciéndose preguntas o se empeña en buscar respuestas perderá la estabilidad, volverá a su estado de angustia. Regresará a su otra vida. Perderá los derechos adquiridos por su renacimiento tras el accidente. ¿O no?

Todo esto se lo plantea con el desapasionamiento que reina en su conciencia desde que se instaló en “La Edad de oro”. Entonces se pregunta qué diferencias desconocidas hay entre la ciudad descuidada y la ciudad renovada. Ha estado en el estudio de Demillur, en la ciudad reluciente. Pero no ha entrado a los edificios de la ciudad desportillada. ¿Podrá hacerlo con Christiana, a la casa en la que dice que vive su marido?

Después de desayunar se marcha al centro. Decide entrar en las iglesias. Buscar en ellas algo. Pero no encuentra nada sospechoso o desconcertante. Están vacías. Abiertas y vacías, también la cripta de la iglesia barroca de Santa Isabel Fuera, en el mercado, en las calles transitadas, la mesurada algarabía del

intercambio y el consumo mantiene un tono vital que se diría controlado. Como si la atmósfera contuviera un gas que atenuara las pasiones, los vicios, las tentaciones, la ambición, la propia felicidad.

Mira a su alrededor en busca de viejos o viejas. Él sigue siendo el mayor en el escenario. Tampoco hay personas visiblemente enfermas, lisiadas, con alguna deformidad. ¿Estará todo lo feo oculto tras las fachadas de las casas? ¿Cómo averiguarlo? ¿Llamando a las puertas, presentándose como un vendedor a domicilio, un empleado de la compañía del gas o de la electricidad? No lo haría bien. Podría crear un escándalo. Bien pensado, una forma de salir de dudas podría ser un escándalo.

Se planta ante el escaparate de una librería. Se exhiben y anuncian superventas, novelas, especulaciones sobre el sentido de la vida, libros de autoayuda. Entra y pregunta por un libro suyo sobre las excavaciones de Efcandi y la luz que arrojan sobre la Edad Oscura griega. No lo tienen, pero se comprometen a

proporcionárselo en el plazo más breve.

Vuelva con la luna nueva. Ya lo tendremos.

Eso será dentro de quince días, cuando la luna llena de esa noche haya sido tapada por la sombra de la Tierra cuarto a cuarto.

Al abandonar la librería escucha unos siseos. Parecen dirigidos a él. Busca en la fachada de enfrente y no ve a nadie. Levanta la cabeza y descubre a una mujer mayor que él asomada a una ventana alta. La mujer vuelve a chascar la boca, llamando su atención. Esto es estupendo.

Calibán se señala con el dedo. La mujer asiente. Quiere decirle algo. Sin dudarlo un instante, penetra en el portal correspondiente a la finca, y sube a paso ligero tres tramos de escalera. En el rellano le espera la mujer, ante la puerta de su piso, que mantiene entornada. Puede que tenga más de sesenta años, aunque su aspecto no es de anciana. Es más baja que Calibán, rechoncha, con un espeso y abundante pelo gris que en otro tiempo fue negro. Su

rostro es ovalado, su piel aceitunada. Viste una camisa y unos pantalones vaqueros.

Se miran durante los instantes que Calibán necesita para recuperar el resuello.

La mujer tiende a Calibán un fino vaso tallado lleno de agua, que él toma agradecido y bebe. Advierte en ella un sabor acre, cortante, de agua que ha recorrido lechos de roca ígnea.

¿Me invita a pasar? pregunta al fin, suponiendo que debe hacerlo, porque la actitud de la mujer es de centinela de su casa.

No es necesario. ¿Te acuerdas de Petra?

Sí contesta Calibán desconcertado.

¿Qué obtuviste de ella?

Lo que tengo ahora replica, sorprendido de la autenticidad de la idea, que salta del fondo de su conciencia.

La mujer tiende una mano y Calibán le devuelve el vaso vacío.

¿Y por qué lo perdiste entonces? dice la mujer mayor, con un rictus de dolor en los labios.

Porque la deseaba solo para mí.

Algo vulgar, convencional. Las personas convencionales no entran en el Paraíso. Hay que arriesgar para conseguir.

¡Yo arriesgué! Fue ella la que no quiso arriesgar.

¿Y no crees que lo pagó?

¿Qué has arriesgado tú? lanza Calibán sin reprimir el tono de desafío.

Esta es tu casa. ¿Quieres entrar y descubrir el límite de los riesgos?

Calibán sonríe y afianza sus pies en el rellano. Piensa que ya no tiene tiempo de enfadarse con aquella mujer mayor. Le hace una última pregunta.

¿Por qué hay suicidas en esta ciudad?

La mujer se aparta del umbral y empuja la puerta con una mano. En el interior de la vivienda reina la oscuridad. Calibán piensa, “La Reina de la Noche”, y le parece sentir un eco de los trinos de “La Flauta Mágica”. Da un paso dentro de la casa, y le deslumbra un flogonazo de luz blanca que procede de todas partes a su alrededor, incluso desde el rellano, como si el

mundo hubiera estallado.

18

Al disiparse la cegadora claridad se encuentra en la cripta de la iglesia de Santa Isabel, frente al sepulcro medieval, al otro lado del cual medita sentada en el suelo en posición de loto la Mujer Bombero desnuda.

Todos los libros sagrados cuentan la misma historia.

La voz procede de la tumba, pero sale de una garganta humana y femenina. La Mujer Bombero abre los ojos, mira a Calibán y continúa su manifiesto.

La lección más importante, la que explica todos los horrores y miserias de este mundo es que te puedes bajar del Tiovivo cuando quieras. Saltas y dices, he terminado el viaje. Está al alcance de cualquier hombre, de cualquier mujer, si sus ambiciones son modestas. El problema se manifiesta cuando los jinetes del Tiovivo sienten miedo: a las subidas y bajadas, a

dejar de ser niños, a cambiar, a morir. Entonces salta un jinete que decide frenar el Tiovivo por su cuenta y a lo loco. En ese momento empiezan las sacudidas. Quien impone a los demás su forma de viajar en el Tiovivo no tardará en recurrir al terror, si los demás no se dejan convencer por sus palabras. ¿Quién es?

La religión y el gobierno dice Calibán, de nuevo sorprendido por el origen misterioso de sus palabras, que han salido del fondo de su conciencia.

Hemos leído el mismo libro dice la Mujer Bombero levantándose . Vamos a casa. Tenemos que preparar la fiesta de la Luna Llena.

La Mujer Bombero es gigantesca. Mide más de dos metros. Su cuerpo es femenino, sin el perfil escultórico de las atletas profesionales. Lleva el pelo oscuro recogido encima del cráneo. En los rasgos de su cara hay algo de diosa helénica. Mejillas, nariz y mentón parecen esculpidos, más que el producto de un

desarrollo biológico. Su mirada, tan franca, es casi olímpica, de otra región mental. Mientras se viste el uniforme que yace en las piedras del suelo como la piel de una serpiente, sus músculos se contraen y se estiran sin evidenciar el menor esfuerzo. Cierra la camisa sobre sus pechos esféricos, que no ha contenido en ningún sujetador porque no lo necesitan. Su cintura no es de avispa ni de modelo de alta costura, sino de divinidad carnosa. Sus piernas están depiladas, igual que sus axilas, y tiene el vello púbico recortado en un triángulo equilátero perfecto. Debe de tener poco más de treinta años.

Toman cada uno una bicicleta aparcada cerca de la puerta de la iglesia, y salen pedaleando de la ciudad próspera, atraviesan el barrio de los Cantamañanas por la calle que está en obras, cruzan el río por el puente de los santos de piedra, y desembocan en la calle en la que vive Christiana. Se desvían al final por un portón abierto en la fachada de las casas modernas con terraza de voladizo. Dejan las

bicicletas y penetran en el edificio. En la última de las tres plantas del edificio se encuentra el hogar de la Mujer Bombero.

Es un amplio apartamento, el mismo que ha debido de albergar a Demillur durante unos días, piensa Calibán. Está orientado hacia el sur, frente a la meseta del castillo, que se ve recortado en la ancha apertura del balcón. De un modo automático Calibán se dirige a él, sale fuera y ve una mesa con tablero de cristal rodeada de sillas metálicas de aspecto liviano, una sucesión de maceteros colgados de la pared y de la baranda del balcón, y a su pie, sobre las baldosas, una regadera de cinc. A continuación de este balcón en voladizo se suceden más, algunos con macetas, otros con un tendedero extensible para ropa, otros vacíos.

Calibán se arrima a la baranda en un hueco entre dos maceteros de geranios, y mira hacia el castillo y su jardín adjunto. La torre mayor de la fortaleza es redonda, con un tejado negro de pizarra en forma de copa. Reconstruida hace poco, la piedra nueva que la forma es

notablemente más clara que la vieja edificación sobre la que emerge. Por sus ventanas se asoma y se oculta la cabecita de algún turista. En el jardín no hay nadie. Pero en seguida aparece una figura entre los árboles cargados de ramaje. Se acerca al borde de la meseta, apoya los brazos en el pretil, y observa el panorama de la ciudad. Es un hombre. Por un instante, su mirada se ha cruzado con la de Calibán. Luego se da la vuelta y se marcha. ¿Bajará por la larga escalinata que conduce hacia el río y desemboca en la calle donde vive Christiana? Calibán siente el impulso de correr al encuentro de aquel hombre. ¿Qué razón hay para pensar que no es él mismo, que el tiempo es un tornillo flojo que se ha soltado y busca un hueco nuevo para enroscar de otra manera las planchas ilimitadas del pasado y el futuro, que el presente es una superficie líquida apenas contenida entre esas planchas, móvil, escurridiza, inaprensible?

Entra en la casa y observa con interés el mobiliario. El salón está amueblado con un doble sofá de dimensiones descomunales, una

mesa de comedor con cinco sillas (la sexta está contra la pared, con bultos de ropa por planchar en el asiento), un largo aparador de líneas nórdicas, mesitas, lámparas de pie, una especie de perchero y un biombo decorado con paisajes chinos. Predominan los materiales orgánicos. Calibán no se siente agobiado por los muebles, puede circular entre ellos sin tropezar con ninguno, tocándolos, pasando la mano por la madera, empujando con el dedo la tela de los respaldos, verificando su realidad, su presencia. El espacio es enorme, por un instante piensa que inabarcable.

Sobre la mesita de centro, entre los dos sofás, hay una bandeja con refrescos. Calibán toma uno de ellos. El sabor del líquido que hay en el vaso es idéntico al del agua que le ha ofrecido hace un rato (¿sólo un rato?) la mujer mayor: acibarado, picante.

Al dejar el vaso, observa que también hay una revista de arqueología muy conocida en la esfera académica, y en la que él ha publicado algún artículo. Y un búcaro con claveles de

color azafrán, y un elefante de madera y marfil.

Debe de haber algo más. Busca un balancín de cuero, y al localizarlo su corazón da un vuelco. Extendido sobre él se halla el traje de bombero, vacío, sin carne, una pernera del pantalón sobre la otra como si el ser sin cuerpo hubiera cruzado las piernas. El vaso con el refresco tiembla en las manos de Calibán. ¿Cómo ha vuelto el vaso a sus manos si lo acaba de depositar en la mesa?

En ese instante entra la Mujer Bombero en el salón procedente de una región remota. El largo cabello negro cae sobre sus hombros. Está desnuda. El corazón de Calibán acelera sus latidos.

¿Has comprado este elefante en un zoco de Madrás?

Yo, no. Pero me lo traje de allí un amigo.

Ha dado a esta última palabra un tono ambiguo, oscuro, empalagoso.

Se marchó a la India en pos de aventuras.

El corazón de Calibán bate cada vez más fuerte.

A su vuelta me regaló este elefante. Me lo entregó con una postal — señala a la estatuilla, debajo de la cual hay un papel manuscrito, lo extrae y lee : “La paz espiritual es librarse de un fardo cargado de radioactividad negra y pringosa. Librarse del miedo a hablar, a comunicarse, romper el hechizo de no poder expresar lo que realmente se siente y se piensa, dejar de verse como un alienígena, quebrar la prohibición de compartir lengua y sentimientos reconocidos.”

Eso... Calibán duda, presa de la perplejidad , eso lo escribí yo hace años, se lo escribí a una mujer.

Quizá fuiste tú quien me regaló el elefante.

Nunca he estado en Madrás — contesta, y se da cuenta de que el vaso ya no está en su mano sino en la mesa, en la bandeja.

Nunca no existe. El tiempo es ilimitado. Puede que algún día viajes a Madrás, compres un elefante en un zoco y se lo regales a una mujer con un pensamiento escrito en una postal. Me llamo Artemisa, y soy la negación de

mí misma.

Toma de la mano a Calibán y se sientan en uno de los sofás interminables, las rodillas en contacto. La mujer clava sus pupilas anchas y negrísimas en las del hombre, y dirige luego su mirada a una estantería de la pared. En ella descansa una cabeza de metal de mujer griega, que Calibán identifica de inmediato como el busto de bronce de la diosa Issa o Artemisa con corona lunar, del siglo IV antes de Cristo.

Entonces ve por primera vez las paredes del inmenso salón, que hasta ese instante le habían pasado inadvertidas, como si estuvieran borradas. En efecto, la habitación adquiere ahora una dimensión más humana, menos olímpica.

En armonioso desorden ve colgados de los tabiques una serie de preciosas reproducciones de cuadros mitológicos de época manierista. Algunos son de Tiziano, y sus protagonistas son Artemisa cazadora, Acteón, su víctima por el atrevimiento de verla desnuda, Apolo furioso, y el castigo de la ninfa Calisto por consentir su

violación y perder la virginidad que había ofrecido a Diana o Artemisa.

En otra estantería hay varias estatuillas. Cuando Calibán las mira parece que creciera su tamaño, como si una lupa se hubiera situado entre sus ojos y ellas, o su vista tuviera la propiedad de acercarse al objeto, magnificándolo. En una de las estatuillas reconoce la *Potnia Theron*, o Señora de los Animales, una chapa de marfil en la que se ve a *Artemis Orthia* sujetando unos pájaros por el pescuezo y coronada por una diadema de juncos.

¿Vamos a bañarnos? pregunta Artemisa soltando la mano de Calibán.

Se levanta y se dirige a un arco sin puerta, tras el cual se adivina el gran lavabo. Calibán la sigue, su corazón latiendo como un navío a toda máquina.

Es una habitación cuadrada con una amplia bañera redonda, casi llena, sobre la que pende un caño con forma de serpentín incrustado en la pared para recoger el agua de lluvia. Bajo el

caño hay una ventana larga y estrecha, en forma de ojiva, con un parteluz. Pero al fijarse mejor descubre que se trata de un *xoanon*, una estatuilla votiva de madera, que en la ciudad de Éfeso representaba a una Artemisa-Madre, con muchos en lugar de dos pechos, tallada en alabastro.

La hermosa mujer recoge su pelo con una diadema en forma de luna.

No voy a enseñarte nada, Calibán dice con voz átona, pero moviendo y arqueando su cuerpo . Libera tu mente y señala la abultada entrepierna del hombre . Quieres saber. El sexo, el amor, es un sustituto del Conocimiento, de la Verdad. Por eso el placer, el orgasmo dura pocos segundos, como un sostenido relámpago que atravesara el cuerpo. Aprender lleva toda una vida. Tú lo sabes.

Calibán aprendió con Petra durante casi dos años. Una vez al mes se entregaban el uno al otro y se estudiaban. Eso creyó durante un tiempo. Hasta que concluyó que Petra no aprendía mucho solo con él y con su marido,

que necesitaba una vasta biblioteca de seres humanos. Y forzó el final. Y se arrepintió. Lloró. Estuvo a punto de volverse loco.

La bella Artemisa, abierta a él de rodillas en la tina lustral, esgrime en su mano derecha unas varillas frescas sin hojas. Al aproximarse Calibán a ella, le azota sin brusquedad el miembro enhiesto. Las ramitas deben de ser de higuera, que era el árbol de las Targelias griegas, que consagraban el sexto día a Artemis, y castigaban ritualmente la desvergüenza erótica. Encima de la flagelante se encuentra la estatuilla del *xoanon*. Calibán piensa que es la devolución renovada de Petra, su regreso del lugar oculto en el que ha seguido aprendiendo. No va a enseñarle nada. Es él el que tiene que aprender, el que ha debido aprender. Por eso le azota, por su ignorancia.

19

Reina en el salón una penumbra de velas. Varios candelabros descansan en diferentes muebles. Un tenue concierto de trinos de

cuerdas y voces de soprano evoca pájaros cantores. Los invitados a la Última Noche de Luna Llena del Verano beben, fuman y conversan. Se han reunido en el gran apartamento de Artemisa seis personas: la anfitriona, Calibán, el pintor Demillur, la esteticista Kalifornia, un hombre mayor llamado Thaelmann y la mujer que ofreció un vaso de agua a Calibán en la Ciudad Próspera, y que ha resultado ser la linotipista políglota Kola Ring.

Esta última dice:

Los pájaros nos hablan, y creen que se comunican con nosotros. Ese error es fatal. Mueren engañados. Sus cantos son lenguajes que no comprendemos porque no están sintonizados con nuestra razón. Los pájaros son un subproducto de los dinosaurios, un resto de ellos. Y los dinosaurios sí utilizaban la razón, igual que nosotros. Inventaron el psicoanálisis hace miles de años, como pasatiempo para entretenerse en sus largas migraciones. Tenían cerebros muy complejos y sistemas de símbolos. Pero sus mentes no eran como las nuestras en

una cosa muy importante: Por decirlo de un modo simple, eran de una pieza. Carecían de la diferencia estructural de ego, superego y ello. Vivían una edad dorada. No había represión. Eran completamente conscientes de sus deseos más primitivos y los aceptaban. La voluntad consciente guiaba sus acciones, en lugar de la disciplina que hoy los padres y educadores inculcan a sus descendientes. No padecían neurosis ni psicosis. Para ellos, el psicoanálisis era un ejercicio poético de autobiografía, en lugar de una terapia.

¿Eso significa que ningún problema de la mente requiere terapia? pregunta Thaelmann, a quien Artemisa ha presentado como su marido o su ex marido, Calibán no ha acabado de entenderlo, aunque cree que no ha sido un defecto suyo sino un acto deliberado de ambigüedad.

Sí. Tampoco entre nosotros contesta Kola Ring, que está sentada en el extremo de uno de los sofás, frente a Kalifornia . Aunque supongo que estará en desacuerdo, siendo

psiquiatra.

Las terapias son un misterio, algo religioso. No se sabe cómo funcionan. Todas las explicaciones académicas y funcionales son meras hipótesis replica Thaelmann, situado en el otro extremo, en diagonal a la mujer rechoncha.

¿No cree en las terapias? interviene Demillur, que se encuentra frente a él .
¿Entonces por qué nos trajo aquí?

Calibán sufre un sobresalto. Acaba de identificar a Thaelmann. Era el conductor del Plymouth Savoy. Así pues, los tres viajeros no eran autoestopistas, sino pacientes del psiquiatra escéptico.

La verdadera terapia se realiza con la acción social. Se llama política, pero está secuestrada por unos profesionales del engaño, que dejan en manos de los religiosos del misterio y del saber la tarea de someter a la población. Ellos son quienes nos acostumbran desde pequeños a dar por buena la Gran Alucinación. Es obra de nuestros sentidos y

nuestras emociones, como confirma la moderna psicología y el antiguo budismo. Es lo que la mayoría de la gente llama “realidad”. Nos condicionan para aceptarla sin hacernos preguntas, porque solo en este estado de sonambulismo la gente puede ser gobernada por aquellos que desean gobernar.

Artemisa, que está a la derecha de Thaelmann, asiente sonriendo. Dice:

La simulación es una facultad propia de los animales, que en el ser humano adquiere características formidables.

Aspira con ganas de una pipa de largo astil que sostiene, y se la pasa a Kalifornia, que está a su lado. En el sofá de enfrente se hallan Kola Ring, Calibán y Demillur, de espaldas al ventanal que se abre al castillo.

De los muros de la fortaleza cuelgan antorchas y guirnaldas. Cánticos ceremoniosos, entonados, llegan hasta los reunidos en el salón. Es la fiesta de la Última Luna Llena del Verano, una recuperación espúrea, ha explicado Kola Ring, de una antiquísima fiesta pagana. La fecha

y las formas, sin embargo, se han modificado, porque las originales son desconocidas, y las imágenes conservadas en los vasos griegos son inciertas. En realidad, la fiesta mayor se realizaba en septiembre, celebrando la vendimia, y se hacía coincidir con la Luna Nueva, símbolo de renovación.

Al decir eso último, Artemisa se ha quedado mirando a Calibán, acaso esperando su aprobación como experto arqueólogo. Pero a Calibán, enfrascado en sus propios enigmas, la explicación no le interesa, aunque finge atender a las palabras de Kola Ring.

¿Descendemos de los dinosaurios?
pregunta a la mujer rechoncha.

Supongo que sería difícil, es una hipótesis llena de agujeros. Los dinosaurios desaparecieron a causa de un cataclismo. Su ausencia dejó espacio a una nueva razón, la nuestra, la de los antropoides más débiles y audaces. Una razón corrompida.

¿Por qué? insiste Calibán . ¿Por qué nuestra razón está fraccionada y la de los

dinosaurios era un bloque?

No lo sabemos dice Kola Ring, pasando a Calibán la pipa . La mayoría de las leyendas y mitos sobre la creación del hombre se refieren a un pecado original, una transgresión que precipitó al ser humano en el abismo que rodea al Paraíso. Allí reinaba el equilibrio. Fuera, el Bien y el Mal se disputaban la Razón.

Pero hay culturas muy antiguas, donde el hombre es víctima del Destino, del Fato, que incluso domina a los dioses replica Calibán, como si polemizara con un colega heterodoxo . El hombre no ha hecho nada malo ni nada bueno, simplemente está a merced de un poder desconocido e inaccesible... Además, ¿de dónde saca usted que los dinosaurios poseían conciencia e inteligencia? Ni siquiera es una imagen poética.

¿Crees en los centauros?

La voz es de Demillur, que se ha levantado del sofá y habla desde el balcón abierto.

Calibán se gira y obedece a Demillur, que le hace indicaciones de salir a la terraza. Desde

ella observa una danza asombrosa que se realiza en el jardín del castillo, en un espacio amplio entre los árboles, ahora sólo sombras y destellos entre las luminarias. Dos corros que giran, uno hacia la derecha, en el sentido de las agujas de un reloj, y otro, hacia la izquierda. Esto evoca en Calibán huellas de sus estudios antropológicos, en los que el giro a la izquierda era considerado funesto, y se atribuía a las brujas con intenciones maléficas. De hecho, el círculo de danzantes contra reloj del jardín está formado por mujeres, y el que da vueltas hacia la derecha, por hombres.

No exactamente. Se trata de machos y de hembras. Centauros machos y centauros hembras. ¿O son amazonas blandiendo un arco de plata, y un carcaj de flechas a la espalda? Tan pronto es una cosa como la otra.

Es por la hierba le indica sonriendo Demillur.

Calibán sostiene con una mano la larga pipa de kiff que le acaba de entregar Kola Ring. Se lleva la boquilla a los labios y aspira con deleite.

Pasa la cachimba a Demillur, y vuelve a fijarse en la danza prodigiosa del jardín.

Ahora los centauros se han convertido en machos humanos o en silenos de extremidades peludas, como caballos percherones. Las hembras también son humanas y peludas, aunque solo sus extremidades inferiores, que no son animalescas, sino hermosos muslos y pantorrillas de vestal; sus cabezas de yegua se diría que son máscaras, porque algunas danzantes las retiran de los hombros y aparecen sus rostros de mujer.

Una de ellas parece saludarle, agita su brazo levantado mirando hacia el balcón donde se encuentra Calibán. Es Christiana. La oye gritar, “¡Quédate con nosotros!”

Y uno de los silenos revela ser Pretorius. También le saluda con una sonrisa afectuosa y exclama la misma petición que Christiana, “¡Quédate con nosotros!”

Estas palabras las oye Calibán en medio de un solemne silencio. La noche entera se ha callado tan profundamente, que solo se escucha

el chisporrotear de las estrellas.

Calibán les mira conmovido y de pronto comprende todos los secretos de la Ciudad Sin Nombre. Simultáneamente, la explicación estalla en sus neuronas, se dispersa en todas las direcciones y se pierde. Es una lástima.

Regresa al salón, donde los convidados se han levantado de los sofás y parecen navegar entre los muebles como cariátides y titanes en la proa de un navío antiguo, rodeados del humo del kif, bañados por la luz de las velas. ¿Están desnudos?

Yo te conozco dice Calibán a Thaelmann, que flota muy cerca de la hermosa Artemisa . Eres el Director del Museo Arquelógico Nacional. Un día que lo visité para contrastar una noticia intrascendente, te acercaste a mí y me saludaste.

Te confesé que mi despacho podía haber sido tuyo, que es lo que parecía cuando los dos estudiábamos en la facultad y tú eras un líder universitario. Yo te admiraba. Creía que la cumbre de la arqueología te pertenecería. Y no

fue así, fue mía. Luché por ella. Tú no lo hiciste. Tú no eras un líder. Yo estaba equivocado. ¿Acaso nos engañabas?

No os engañaba a vosotros. Me engañaba a mí mismo. Ese despacho tuyo es una tumba. Pero me ha hecho sufrir mucho.

¿Por qué no te quedas con nosotros? pregunta a Calibán Kola Ring, ahora sentada en el extremo del sofá que ocupaba hace nada, acompañada del resto de los convidados, incluido Demillur, que parece no haberse movido nunca de su sitio, y aspira de la pipa de largo astil.

Esta existencia es ficticia, lo sabéis mejor que yo contesta Calibán.

¿Estás seguro? le pregunta Kalifornia . Yo voy a quedarme.

Y yo añade Demillur.

¿Y tú? se dirige Calibán a Thaelmann.

Yo vivo aquí. Estoy casado con Artemisa. Pero si quieres volver a tu casa, tienes el Plymouth Savoy aparcado delante de “La Edad de Oro”.

Necesito aclararme dice Calibán.

Se levanta, saluda con una inclinación de cabeza a la concurrencia y se dirige a un lugar donde supone que está la puerta de salida del apartamento, pero que en realidad conduce a la capilla del baño. Artemisa se levanta del sofá y le corrige la trayectoria. En el rellano, se inclina sobre él (le saca media cabeza) y le da un beso generoso y apasionado. Calibán no sabe si acaba de llegar o está marchándose. Por lógica, debe de ser esto último, aunque la lógica lleva un buen rato fallando. Desciende hasta el amplio patio interior del edificio, se dirige al túnel que comunica con la calle, y a la salida encuentra a Christiana, que tiene de la mano a Pretorius, que a su vez sostiene al mamoncete.

La mujer que ha sido centauro o amazona suelta a Pretorius y se despide del lactante con un beso en su cabecita dormida. Pretorius dice adiós a Christiana y a Calibán con una sonrisa espontánea y se aleja calle abajo.

Me voy mañana dice Calibán.

Pasa la noche en mi casa. Vamos a esperar

juntos a que venga el día. Vivir en confusión es vivir en la ignorancia. Salvo que la confusión sea total. Entonces la confusión se confunde con la Certeza.

Le toma de los hombros y le lleva hacia el portal abierto al otro lado de la calle, el viejo edificio con escalones desgastados de madera reluciente que ascienden hasta la alcoba enjaulada, donde en un ventanuco un yate de vela espera que suba el río o venga el mar y le libere.

Epílogo

Calibán, que tiraba con esfuerzo de su cuerpo para no derrumbarse, subió las escaleras sin la menor fatiga, como si estuviera amarrado a una cuerda colgada de una polea en el tejado de la casa. La meta de su ascenso era la alcoba enjaulada. Nada más tenderse en el lecho, quedó dormido y empezó a soñar.

Primero escuchó voces sin ver nada.

Por ejemplo:

«Es posible alcanzar la iluminación

trascendental con una sucesión de orgasmos, como en una sucesión de muertes. Sólo las mujeres tienen esta capacidad. Para eso necesitan muchos hombres (o muchas mujeres o ambos)»

O

«En el capitalismo moderno, a la codicia y al apetito de lucro se le llama productividad (que por cierto siempre deben ejecutar los que menos ganan con la productividad).»

O

«Yo sé que existe un camino en el que la vida se aprovecha al máximo sin llegar uno a extenuarse. Lo sé porque en ocasiones dispersas lo he pisado el tiempo que dura un parpadeo. Han sido chispazos de lucidez. Pero enseguida he regresado a mi rutina penosa e intrascendente. ¿Por qué se me escapa? ¿Qué tendría que hacer para recorrer un trecho más largo por esa vía estupenda en la que apenas te cansas, vas tan deprisa y te beneficias tanto? ¿Qué combinación de inteligencia e intuición es necesaria para mantenerse en él sin desviarse?»

Luego tuvo visitas en la alcoba enjaulada.

Apareció Kola Ring hablando del cerebro reptil. Aseguraba que la razón humana es una aberración, porque no se beneficia ni de la intuición animal ni de la superioridad moral de la conciencia de los dinosaurios. Es un lastre, una trampa que los humanos se han puesto a sí mismos de la que es muy fácil salir: reconocer la muerte. A los animales la muerte les importa solo cuando se están muriendo. La conciencia superior simplemente la acepta cuando llega, pero no vive evitándola, no dedica cantidades ingentes de energía a distanciarse de ella, a combatirla. Los seres humanos nos pasamos la vida construyendo teorías salvadoras, religiones, ideologías, llenamos bibliotecas inmensas de manuscritos abstrusos, las volvemos a llenar con textos hermenéuticos sobre esos manuscritos. Pensamos demasiado en la muerte, hablamos de salud y de paz y nos matamos, nos sentimos culpables o echamos la culpa a otros. Nos complacemos en el dolor, no en la armonía, no en la belleza, no en el conocimiento. Y Kola

Ring se marchó.

Aparecieron pájaros cantores de diversos tamaños y plumajes y le confirmaron que la especie humana estaba condenada a extinguirse por su incapacidad de adaptarse al ambiente, que la Naturaleza se había hartado de los seres humanos a quienes había dado la oportunidad de crecer y multiplicarse desde hacía un millón de años. Los pájaros dijeron que los seres humanos eran un salto evolutivo de ciertos antropoides, pero no habían desarrollado bien el mecanismo de la razón, que su mayor empeño era mistificar, parlotear, llenar de garabatos tablillas, pergaminos, toneladas de papel y decir que eso era la razón. Y se marcharon.

Apareció Demillur y le dijo que el bien y el mal eran una filfa, que los maestros eran una filfa, que no hay doctrina, ni maestros ni método, pero que necesitamos engañarnos con todo eso para tapar el malestar, la angustia, el desarraigo, que agradecemos a quien nos revelan cosas tremendas merced a las cuales

nuestra vida adquiere un sentido que no puede tener, porque el sentido de la vida es vivirla y aprender a morir poco a poco, para no aterrorizarnos y sufrir más de la cuenta cuando nos llegue la hora. Y se marchó.

Apareció Thaelmann e informó de los últimos hallazgos arqueológicos en importantes yacimientos europeos. Se ha demostrado en ellos que los hombres sabios convivieron con los hombres de cejas altas y prominentes llamados neanderthales. Estos eran tan inteligentes como los hombres sabios, y encima, más fuertes, pero se extinguieron. ¿Por qué sobrevivimos nosotros? Porque teníamos una organización social mejor. Y se marchó.

Apareció Pretorius y preguntó dónde estaba la prueba de que los hombres sabios y pequeños estaban mejor organizados que los gigantes, cuál era la ventaja social de los primeros sobre los segundos. Y se marchó.

Y Calibán supo que estaba soñando.

Apareció Kalifornia y le pidió que le hiciera el amor.

Y Calibán supo que estaba soñando.

Apareció Artemisa vestida con su túnica azafranada hasta las rodillas, su arco de plata y su carcaj, y le pidió que cerrara los ojos porque iba a desnudarse, y si la veía desnuda le entregaría a sus propios perros.

Y Calibán supo que estaba soñando.

Y cuando estaba esperando que apareciera la hermosa y velluda Christiana se despertó y conducía el Plymouth Savoy por una carretera entre suaves colinas, paralela a un río oculto en el fondo de un valle cubierto de bosques, con pueblecitos pintorescos, torres de alta tensión, naves industriales, autopistas elevadas y el perfil almenado de una ciudad llena de rascacielos.

A su lado iba Petra, silenciosa, a quien acababa de recoger en su casa de campo, de la que se alejaban a toda prisa, igual que de la ciudad de los rascacielos, más allá, al fondo, a la espalda, y que veía bailando en el espejo retrovisor.

Y quería contar a Petra la bronca que acababa de tener con su mujer a cuenta de su

propia falta de ambición. Las circunstancias, el destino, habían puesto al alcance de su mano la dirección de uno de los mejores museos de arqueología del país por la súbita enfermedad de su director (una apoplejía que le había dejado tonto), y él, Calibán, se había negado. Y ahora se sentía un imbécil, ¿era de verdad un imbécil? Petra estaba allí, en el asiento del copiloto, sin responder a la pregunta, quizá esperando una explicación mejor de Calibán. Y él era incapaz de darla.

Y a lo lejos vio a un niño de tres o cuatro años invadir la carretera, y levantó el pie del acelerador, y el Plymouth Savoy dio un salto y aumentó la velocidad, y él piso el freno, y el Plymouth Savoy corría todavía más, y Calibán empezó a gritar, y Petra empezó a gritar, y una mujer que posiblemente sería la madre del niño apareció en el asfalto corriendo detrás de él, y Calibán se agarró con todas sus fuerzas al volante pero no podía girarlo, y el Plymouth Savoy iba derecho hacia el niño y su madre, y sonó un golpe sordo, y el coche perdió

velocidad rápidamente y quedó parado en la cuneta.

Miró a Petra y estaba dormida. Miró hacia atrás y vio al niño, en pie, al lado de su madre, que le tenía sujeto de la mano.

Y Calibán comprendió que esta vez debía despertarse por completo y abrió los ojos.

Wartburg, agosto de 2012